

CAPÍTULO II

LA PROBLEMATIZACIÓN DE LA POBREZA: LA FÁBULA DE LOS TRES MUNDOS Y EL DESARROLLO

La palabra 'pobreza' es, sin duda, una palabra clave de nuestros tiempos, muy usada bien y mal por todos. Grandes sumas de dinero se gastan en nombre de los pobres. Millares de libros y consejos de expertos continúan ofreciendo soluciones a sus problemas. Sin embargo, resulta bastante extraño, que nadie, incluyendo a los supuestos 'beneficiarios' de tales actividades, parezca tener una visión clara y compartida de la pobreza. Una razón es que todas las definiciones se tejen alrededor del concepto de 'carencia' o 'deficiencia'. Esta noción refleja solamente la relatividad básica del concepto. ¿Qué es necesario y para quién? ¿Y quién está capacitado para definirlo?

(MAJID RAHNEMA, *GLOBAL POVERTY: A PAUPERIZING MYTH*, 1991)

Uno de los muchos cambios que ocurrió a comienzos de la segunda posguerra fue el “descubrimiento” de la pobreza masiva en Asia, África y América Latina. Relativamente insignificante y en apariencia lógica, el hallazgo habría de proporcionar el ancla para una importante reestructuración de la cultura y la economía política globales. El discurso bélico se desplazó al campo social y hacia un nuevo territorio geográfico: el Tercer Mundo. Atrás quedó la lucha contra el fascismo. En la rápida globalización de la dominación mundial por Estados Unidos, la “guerra a la pobreza” en el Tercer Mundo comenzó a ocupar un lugar destacado. Para justificar la nueva guerra se esgrimieron hechos elocuentes:

“Más de 1.500 millones de personas, algo así como dos tercios de la población mundial, vive en condiciones de hambre aguda, definida en términos de malestar nutricional identificable. El hambre es al mismo tiempo la causa y el efecto de la pobreza, el abandono, y la miseria en que vive” (Wilson, 1953: 11).

Declaraciones de esta naturaleza proliferaron a finales de los años cuarenta y cincuenta (Orr, 1953; Shonfield, 1950; United Nations, 1951). El nuevo énfasis fue estimulado por el reconocimiento de las condiciones crónicas de pobreza y malestar social que existían en los países pobres, y la amenaza que representaban para los países más desarrollados. Los problemas de las áreas pobres irrumpieron en el escenario internacional. Las Naciones Unidas estimaron que el ingreso per cápita de Estados Unidos era de 1453 dólares en 1949, mientras que el de Indonesia apenas llegaba a 25. Esto llevó al convencimiento de que había que hacer algo antes de que los niveles de inestabilidad en el mundo entero se volvieran intolerables. El destino de las áreas ricas y pobres del mundo se concebía estrechamente ligado. “La verdadera prosperidad mundial es indivisible”, declaró un panel de expertos en 1948. “No puede perdurar en una parte del mundo si las otras viven en condiciones de pobreza y mala salud” (Milbank Memorial Fund, 1948: 7; véase también Lasswell, 1945).

La pobreza a escala global fue un descubrimiento del período posterior a la segunda guerra mundial. Como sostienen Sachs

(1990) y Rahnema (1991), las concepciones y el tratamiento de la pobreza eran bastante diferentes antes de 1940. En épocas coloniales la preocupación por la pobreza estaba condicionada por la creencia de que, aunque los “nativos” pudieran ilustrarse algo con la presencia del colonizador, no podía hacerse gran cosa para aliviar su pobreza ya que su desarrollo económico era inútil. La capacidad de los nativos para la ciencia y la tecnología, base del progreso económico, se consideraba nula (Adas, 1989). Sin embargo, como señalan los mismos autores dentro de las sociedades asiáticas, africanas, latinoamericanas o norteamericanas nativas, igual que a través de la mayor parte de la historia europea, las sociedades tradicionales habían desarrollado maneras de definir y tratar la pobreza que daban cabida a conceptos de comunidad, frugalidad y suficiencia. Como quiera que fueran tales formas tradicionales, y sin idealizarlas, es cierto que la pobreza masiva en el sentido moderno solamente apareció cuando la difusión de la economía de mercado rompió los lazos comunitarios y privó a millones de personas del acceso a la tierra, al agua y a otros recursos. Con la consolidación del capitalismo, la pauperización sistémica resultó inevitable.

Sin pretender hacer una arqueología de la pobreza, como lo propone Rahnema (1991), es importante destacar la ruptura en las concepciones y la administración de la pobreza, primero con el surgimiento del capitalismo en Europa y luego con el advenimiento del desarrollo en el Tercer Mundo. Rahnema describe el primer rompimiento en términos de la aparición, en el siglo XIX, de sistemas para tratar a los pobres basados en la asistencia proporcionada por instituciones impersonales. En esta transición, la filantropía ocupó un lugar importante (Donzelot, 1979). La transformación de los pobres en asistidos tuvo profundas consecuencias. Esta “modernización” de la pobreza significó no solo la ruptura de las relaciones tradicionales, sino también el establecimiento de nuevos mecanismos de control. Los pobres aparecieron cada vez más como un problema social que requería nuevas formas de intervención en la sociedad. De hecho, fue en relación con la pobreza como surgieron las modernas formas de pensamiento sobre el significado de la vida,

la economía, los derechos y la administración social. “La pobreza, la economía política y el descubrimiento de la sociedad estuvieron estrechamente relacionados” (Polanyi, 1957a: 84).

El tratamiento de la pobreza permitió a la sociedad conquistar nuevos territorios. Tal vez más que del poder industrial y tecnológico, el naciente orden del capitalismo y la modernidad dependían de una política de la pobreza cuya intención era no solo crear consumidores sino transformar la sociedad, convirtiendo a los pobres en objetos de conocimiento y administración. En la operación se hallaba implícito “un instrumento técnico-discursivo que posibilitó la conquista de la pobreza y la invención de una política de la pobreza” (Procacci, 1991: 157). La pobreza, explica Procacci, se asociaba, correcta o incorrectamente, con rasgos como movilidad, vagancia, independencia, frugalidad, promiscuidad, ignorancia, y la negativa a aceptar los deberes sociales, a trabajar y a someterse a la lógica de la expansión de las “necesidades”. Por consiguiente, la administración de la pobreza exigía la intervención en educación, salud, higiene, moralidad, empleo, la enseñanza de buenos hábitos de asociación, ahorro, crianza de los hijos, y así sucesivamente. El resultado fue una multiplicidad de intervenciones que significaron la creación de un campo que algunos investigadores han denominado “lo social” (Donzelot, 1979, 1988, 1991; Burchell, Gordon y Miller, eds., 1991).

Como campo de conocimiento e intervención, lo “social” cobró importancia en el siglo XIX, culminando en el siglo XX con la consolidación del Estado benefactor y el conjunto de técnicas agrupadas bajo el nombre de trabajo social. No solo la pobreza, sino también la salud, la educación, la higiene, el empleo y la baja calidad de vida en pueblos y ciudades se convirtieron en problemas sociales y requerían un conocimiento amplio de la población y modos apropiados de planeación social (Escobar, 1992a). El “gobierno de lo social” alcanzó un estatus que, como la conceptualización de la economía, pronto se consideró normal. Se había creado una “clase separada constituida por los ‘pobres’” (Williams, 1973: 104). Pero el aspecto más significativo de este fenómeno fue el establecimiento

de aparatos de conocimiento y poder dedicados a optimizar la vida produciéndola bajo condiciones modernas y “científicas”. La historia de la modernidad, de este modo, no es solo la historia del conocimiento y de la economía; de modo revelador, es la historia de lo social.¹

Como veremos, la historia del desarrollo implica la continuación en otros lugares de esta historia de lo social. Esta es la segunda ruptura en la arqueología de la pobreza propuesta por Rahnama: la globalización de la pobreza efectuada por la definición de dos terceras partes del mundo como pobres después de 1945. Si en las economías de mercado los pobres eran definidos como carentes de aquello que los ricos tenían en términos de dinero y posesiones materiales, los países pobres llegaron a ser definidos en forma análoga en relación con los patrones de riqueza de las naciones económicamente más adelantadas. Esta concepción económica de la pobreza encontró un parámetro ideal en el ingreso anual per cápita. La percepción de la pobreza a escala global “no fue más que el resultado de operaciones estadísticas comparativas, la primera de las cuales se realizó apenas en 1940” (Sachs, 1990: 9). En 1948, cuando el Banco Mundial definió como pobres aquellos países con ingreso per cápita inferior a 100 dólares, casi por decreto, dos tercios de la población mundial fueron transformados en sujetos pobres. Y si el problema era de ingreso insuficiente, la solución era, evidentemente, el crecimiento económico.

Fue así como la pobreza se convirtió en un concepto organizador y en objeto de una nueva problematización. Como toda problematización (Foucault, 1986), la de la pobreza creó nuevos discursos y prácticas que daban forma a la realidad a la cual se referían. Que el rasgo esencial del Tercer Mundo era su pobreza, y que la

1 Foucault (1979, 1980a, 1980b, 1991a) se refiere a este aspecto de la modernidad –la aparición de formas de conocimiento y de controles regulatorios centrados en la producción y optimización de la vida– como “biopoder”. El biopoder significó la “gubernamentalización” de la vida social, esto es, la sujeción de la vida a mecanismos explícitos de producción y administración por parte del Estado y de otras instituciones. El análisis del biopoder y la gobernabilidad debe ser componente integral de la antropología de la modernidad (Urla, 1993).

solución radicaba en el crecimiento económico y el desarrollo se convirtieron en verdades universales, evidentes y necesarias. Este capítulo analiza los múltiples procesos que hicieron posible este particular evento histórico; analiza lo que podría llamarse la “desarrollalización” del Tercer Mundo, es decir, su progresiva inserción en un régimen de discurso y práctica en el cual ciertas medidas para la erradicación de la pobreza se volvieron indispensables para el orden mundial. También puede verse como un recuento de la invención de la fábula de los tres mundos y la lucha por el “desarrollo” del tercero. La fábula de los tres mundos fue, y sigue siendo, a pesar de la defunción del segundo, una manera de crear un orden político que “funciona mediante la negociación de fronteras lograda a través del ordenamiento de las diferencias” (Haraway, 1989a: 10). Fue (y es) una narrativa donde cultura, raza, género, nación y clase están inextricablemente ligadas. El orden político y económico codificado por la fábula de los tres mundos y el desarrollo descansa sobre el tráfico de significados que describen nuevos campos del ser y del entender, los mismos campos que son cada vez más cuestionados y desestabilizados por las gentes del Tercer Mundo hoy en día.

La invención del desarrollo

El surgimiento de la nueva estrategia

Desde el 11 de julio hasta el 5 de noviembre de 1949, una misión económica, organizada por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, visitó Colombia con el propósito de formular un programa general de desarrollo para el país. Era la primera misión de esta clase enviada por el Banco a un país subdesarrollado. La misión contaba con catorce asesores internacionales en los siguientes campos: comercio exterior, transporte, industria, hidrocarburos y energía, vías carretables y fluviales, servicios comunitarios, agricultura, salud y bienestar, banca y finanzas, economía, cuentas nacionales, vías férreas y refinerías petroleras. Con la misión trabajó un grupo homólogo de asesores y expertos colombianos.

Así fue como la misión vio su tarea y, por consiguiente, el carácter del programa propuesto.

Hemos interpretado nuestros términos de referencia como la necesidad de un programa integral e interior consistente... Las relaciones entre los diversos sectores de la economía colombiana son muy complejas, y ha sido necesario un análisis exhaustivo de las mismas para desarrollar un marco consistente. Esta, entonces, es la razón y justificación para un programa global de desarrollo. Los esfuerzos pequeños y esporádicos solo pueden causar un pequeño efecto en el marco general. Solo mediante un ataque generalizado a través de toda la economía sobre la educación, la salud, la vivienda, la alimentación y la productividad puede romperse decisivamente el círculo vicioso de la pobreza, la ignorancia, la enfermedad y la baja productividad. Pero una vez que se haga el rompimiento, el proceso del desarrollo económico puede volverse autosostenido (International Bank, 1950: XV).

El programa exigía “una multitud de mejoras y reformas” que cubrían todas las áreas importantes de la economía. Constituía una representación y un enfoque radicalmente nuevos de la realidad social y económica de un país. Uno de los rasgos más destacados del enfoque era su carácter global e integral. El primero demandaba programas en todos los aspectos sociales y económicos de importancia, mientras que la planeación cuidadosa, la organización y la asignación de los recursos aseguraba el carácter integral de los programas y su desarrollo exitoso. El informe suministraba también un conjunto de prescripciones detalladas que incluía metas y objetivos cuantificables, necesidades de inversión, criterios de diseño, metodologías y secuencias temporales.

Resulta instructivo citar extensamente el último párrafo del documento, ya que revela varios de los rasgos claves del enfoque que surgió por entonces:

No puede evitarse la conclusión de que la dependencia de las fuerzas naturales no ha producido los resultados más felices. Igualmente es inevitable la conclusión de que con el conocimiento de los hechos y los procesos económicos subyacentes, la buena planeación para fijar objetivos y asignar recursos, y la decisión de llevar a cabo un programa de mejoras y reformas, mucho puede hacerse para mejorar el medio ambiente económico creando políticas económicas que satisfagan los requerimientos sociales verificados científicamente... Colombia cuenta con una oportunidad única en su larga historia. Sus abundantes recursos naturales pueden ser tremendamente productivos mediante la aplicación de técnicas modernas y prácticas eficientes. Su posición internacional favorable en cuanto a endeudamiento y comercio la capacita para obtener equipo y técnicas modernas del exterior. Se han establecido organizaciones internacionales y nacionales para ayudar técnica y financieramente a las áreas subdesarrolladas. Todo lo que se necesita para iniciar un período de crecimiento rápido y difundido es un esfuerzo decidido de parte de los mismos colombianos. Al hacer un esfuerzo tal, Colombia no solo lograría su propia salvación sino que al mismo tiempo daría un ejemplo inspirador a todas las demás áreas subdesarrolladas del mundo [International Bank, 1950: 615].

Resultan notables el sentimiento mesiánico y el fervor casi religioso expresados en la noción de salvación. En esta representación la "salvación" exige la convicción de que solo existe una vía correcta, es decir, el desarrollo. Solo a través del desarrollo Colombia podrá llegar a ser un "ejemplo inspirador" para el resto del mundo subdesarrollado. Sin embargo, la tarea de salvación/desarrollo es compleja. Afortunadamente, las herramientas adecuadas para semejante tarea (ciencia, tecnología, planeación, organizaciones internacionales) ya han sido creadas y su efectividad ha sido probada mediante experiencias exitosas en Occidente. Además, las herramientas son neutrales, deseables y universalmente aplicables. Antes del desarrollo, nada existía: solo "la dependencia frente a las fuerzas naturales", que no produjo "los resultados más felices". El

desarrollo trae la luz, es decir, la posibilidad de satisfacer “requerimientos sociales científicamente verificados”. El país debe despertarse entonces de su pasado letárgico y seguir la única senda hacia la salvación, que es, sin duda, “una oportunidad única en su larga historia” (de oscuridad, podría añadirse).

Tal es el sistema de representación sustentado por el informe. Pese a estar expresada en términos de metas humanitarias y de la preservación de la libertad, la nueva estrategia buscaba un nuevo control de los países y de sus recursos. Se promovía un tipo de desarrollo acorde con las ideas y las expectativas del Occidente poderoso, con aquello que los países occidentales juzgaban como curso normal de evolución y progreso. Como veremos, al conceptualizar el progreso en dichos términos, la estrategia de desarrollo se convirtió en instrumento poderoso para normatizar el mundo. La misión del Banco Mundial a Colombia en 1949 fue una de las primeras expresiones concretas del nuevo estado de cosas.

Precusores y antecedentes del discurso del desarrollo

Como veremos en la próxima sección, el discurso de desarrollo ejemplificado por la misión de 1949 del Banco Mundial en Colombia, surgió en el contexto de una compleja coyuntura histórica. Su invención señaló un cambio significativo en las relaciones históricas entre Europa y Estados Unidos, de una parte, y la mayoría de los países de Asia, África y América Latina de la otra. También creó un nuevo régimen de representación de estas últimas en la cultura euroamericana. Pero el “nacimiento” del discurso merece alguna atención; existieron, de hecho, precusores importantes que presagiaron su aparición en todo su esplendor después de la Segunda Guerra Mundial.

La lenta preparación para el lanzamiento del desarrollo fue tal vez más clara en África que en otras partes. Allí se presentó, como lo sugieren algunos estudios recientes (Cooper, 1991; Page, 1991), una conexión importante entre la declinación del orden colonial y el nacimiento del desarrollo. En el período interbélico se preparó el terreno para instituir el desarrollo como estrategia para reconstruir

el mundo colonial y reestructurar las relaciones entre colonias y metrópolis. Como ha señalado Cooper (1991), el Acta británica de desarrollo de los años cuarenta, la primera gran materialización de la idea de desarrollo, fue una respuesta a los desafíos al poder imperial de los años treinta y por lo tanto debe entenderse como un intento de revitalizar el imperio. Esto fue especialmente claro en los estados de colonización blanca de África del Sur, donde la preocupación por cuestiones de empleo y oferta de alimentos produjo estrategias para modernizar algunos segmentos de población africana, con frecuencia, como lo plantea Page (1991), a expensas de las concepciones afrocéntricas de alimentación y comunidad defendidas por las mujeres. Estos intentos iniciales trataron de cristalizarse en esquemas de desarrollo comunitario durante los años cincuenta. El rol de la Liga de las Naciones al negociar la descolonización mediante el sistema de mandatos también tuvo importancia en muchos casos de Asia y África. Después de la Segunda Guerra Mundial, el sistema se extendió a una descolonización generalizada y a la promoción del desarrollo por parte del nuevo sistema de organizaciones internacionales (Murphy y Augelli, 1993).

En términos generales, desde la óptica de la concurrencia de los regímenes de representación colonial y desarrollista, el período entre 1920 y 1950 sigue siendo poco conocido. Algunos aspectos que han merecido atención en el contexto del África del norte y sur del Sahara incluyen la constitución de una fuerza de trabajo y de una clase modernizada de agricultores diferenciados en términos de clase, género y raza, incluyendo el reemplazo de sistemas africanos autosuficientes de producción cultural y de alimentos; el rol del Estado como arquitecto, por ejemplo en la "detrribalización" de la fuerza de trabajo asalariada, la intensificación de la competencia de género, y la lucha por la educación; las maneras en que los discursos y prácticas de los expertos agrícolas, los profesionales de la salud, los planificadores urbanos y los educadores se desplegaron en el contexto colonial, su relación con los discursos e intereses metropolitanos, y las metáforas que ellos impartieron para reorganizar las colonias; la modificación de tales discursos y prácticas en

el contexto del encuentro colonial, su interpretación con las formas locales de conocimiento, y su efecto sobre estas últimas; y las formas diversas de resistencia ante el poder colonial y sus esquemas de conocimiento (véanse, por ejemplo, Cooper y Stoler, 1989; Packard, 1989; Page, 1991; Rabinow, 1989; Comaroff, 1985; Comaroff y Comaroff, 1991; Rau, 1991).

El caso latinoamericano es muy diferente del africano, aunque la cuestión de los precursores del desarrollo también debe investigarse. Como es bien sabido, la mayoría de los países latinoamericanos logró la independencia política en las primeras décadas del siglo XIX, aun cuando en muchos niveles continuó bajo el control de las economías y políticas europeas. A comienzos del siglo XX, en toda la región se sintió el ascenso de Estados Unidos. Las relaciones Estados Unidos-Latinoamérica adoptaron un doble sentido desde comienzos del siglo. Si de una parte quienes estaban en el poder percibían que había oportunidades para un intercambio justo, de otra, Estados Unidos se sentían cada vez más autorizados para intervenir en los asuntos latinoamericanos. Desde la política intervencionista del “gran garrote” de comienzos del siglo hasta el principio del “buen vecino” de los años treinta, las dos tendencias coexistieron en la política exterior norteamericana hacia Latinoamérica, y la última tuvo repercusiones mucho más importantes que la primera.

Robert Bacon, quien fuera secretario de Estado de Estados Unidos, expresó la posición del “intercambio justo”.

Ya ha pasado el día –declaró en su informe de un viaje a Suramérica en 1916– en que la mayoría de estos países, que edificaron laboriosamente una estructura gubernamental bajo tremendas dificultades, eran inestables, tambaleantes y estaban a punto de derrumbarse de un mes a otro... Ellos “han pasado” para usar las palabras del señor Root, “de la condición de militarismo, de la condición de revolución, a la condición de industrialismo, hacia el camino del comercio exitoso, y se están convirtiendo en naciones grandes y poderosas” (Bacon, 1916: 20).

Elihu Root, mencionado por Bacon positivamente, representaba en realidad el lado del intervencionismo activo. Prominente estadista y experto en leyes internacionales, Root ejerció gran influencia en la conformación de la política exterior norteamericana y participó en la política intervencionista de comienzos de siglo, cuando Estados Unidos ocupó militarmente la mayoría de los países centroamericanos. El mismo Root, quien recibió el premio Nobel de la Paz en 1912, desempeñó un papel destacado en la separación entre Panamá y Colombia.

Con o sin el consentimiento de Colombia –escribió en aquella ocasión– construiremos el canal, no por razones egoístas, ni por codicia o afán de lucro, sino por el comercio mundial, beneficiando a Colombia más que a todos... Uniremos las costas del Atlántico y el Pacífico, prestando un servicio inestimable a la humanidad, y creceremos en grandeza y honor y en la fortaleza que proviene de las tareas difíciles y del ejercicio del poder que crece en la naturaleza de un pueblo grande y constructivo (Root, 1916: 190).

La posición de Root implicaba la concepción de las relaciones internacionales entonces prevaleciente en Estados Unidos.² La propensión a la intervención militar en apoyo a los objetivos estratégicos de Estados Unidos se atemperó de Wilson a Hoover. Con Wilson, la intervención se vio acompañada por la meta de promover las democracias “republicanas”, queriendo decir con ello los regímenes aristocráticos y elitistas. A menudo los intentos estaban animados por posiciones racistas y etnocéntricas. Las actitudes de superioridad “convencieron a Estados Unidos de que tenía el

2 Las palabras de Root también reflejan un rasgo notorio de la conciencia norteamericana, es decir, el deseo utópico de llevar progreso y felicidad a todos los pueblos no solo dentro de los confines de la propia nación, sino también más allá de sus fronteras. Dentro de este tipo de mentalidad el mundo se convierte, a veces, en una amplia superficie cargada de problemas por resolver, un horizonte desorganizado que debe ser colocado “en el camino de la libertad ordenada” de una vez por todas, “con o sin el consentimiento” de quienes serán reformados. Esta actitud también se halla en el origen del sueño del desarrollo.

derecho y la habilidad para intervenir políticamente en los países más débiles, oscuros y pobres” (Drake, 1991: 7). Para Wilson, la promoción de la democracia era deber moral de Estados Unidos y de los “hombres de bien” de América Latina. “Voy a enseñar a las repúblicas latinoamericanas cómo elegir buenos hombres”, concluyó (citado en Drake, 1991: 13). Como el nacionalismo latinoamericano aumentara después de la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos redujo el intervencionismo abierto y proclamó en su lugar los principios de “puerta abierta” y del “buen vecino”, especialmente después de mediados de los años veinte. Se hicieron intentos para proporcionar alguna ayuda en particular a las instituciones financieras, la infraestructura y la salubridad. Durante este período la Fundación Rockefeller actuó por primera vez en la región (Brown, 1976). Sin embargo, el período 1912-1932 estuvo regido, en general, por el deseo de Estados Unidos de alcanzar “la hegemonía tanto ideológica como militar y económica y la conformidad, sin tener que pagar el precio de la conquista permanente” (Drake, 1991: 34).

Aunque este estado de relaciones demuestra un creciente interés norteamericano en América Latina, no constituyó una estrategia explícita y global con respecto a las naciones latinoamericanas. La situación iba a alterarse profundamente durante las décadas siguientes y en particular después de la Segunda Guerra Mundial. Tres conferencias interamericanas –celebradas en Chapultepec, en México (21 de febrero – marzo 8 de 1945), Río de Janeiro (agosto de 1947) y Bogotá (30 de marzo – 30 de abril de 1948)– fueron definitivas para articular las nuevas reglas del juego. Como el terreno de la guerra fría ya se estaba abonando, estas conferencias mostraron la seria divergencia de intereses entre América Latina y Estados Unidos, y marcaron la defunción de la política del buen vecino. Mientras Estados Unidos insistía en sus objetivos militares y seguridad, los países latinoamericanos privilegiaban más que nunca las metas sociales y económicas (López Maya, 1993).³

3 Para un análisis exhaustivo de la política exterior de Estados Unidos hacia Latinoamérica, véanse Kolko (1988) y Bethell (1991). Véanse también Cuevas Cancino (1989); Graebner (1977); Whitaker (1948);

En Chapultepec, varios presidentes latinoamericanos resaltaron la importancia de la industrialización para consolidar la democracia, y pidieron ayuda a Estados Unidos mediante un programa de transición económica de la producción de insumos bélicos hacia la producción industrial. Estados Unidos, no obstante, insistió en los asuntos de defensa hemisférica, restringiendo la política económica a una advertencia para que los países latinoamericanos abandonaran el “nacionalismo económico”. Los desacuerdos crecieron en la Conferencia de Paz y Seguridad de Río. Como la Conferencia de Bogotá en 1948, que marcó el nacimiento de la Organización de Estados Americanos, la Conferencia de Río estuvo dominada por una creciente cruzada anticomunista. Al tiempo que la política exterior norteamericana se militarizaba aún más, para la agenda latinoamericana resultaba cada vez más importante la necesidad de políticas económicas apropiadas, incluyendo la protección a las incipientes industrias. Finalmente, Estados Unidos reconoció en Bogotá, hasta cierto punto, esta agenda. Sin embargo, el entonces secretario de Estado, el general Marshall, también aclaró que América Latina no podía esperar en modo alguno algo similar al Plan Marshall para Europa (López Maya, 1993).

En contraste, Estados Unidos insistió en su política de “puertas abiertas”, lo cual significaba libre acceso a los recursos de todos los países, fomento a la empresa privada, y un tratamiento “justo” al capital foráneo. Los expertos norteamericanos malinterpretaron totalmente la situación latinoamericana. Un estudioso de la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina a finales de los años cuarenta lo expresa así:

América Latina estaba más cerca de Estados Unidos y tenía por ello muchísima más importancia que cualquier otra región del Tercer Mundo, pero los representantes norteamericanos la despreciaban

Yerguin (1977); Wood, B. (1985) y Haglund (1985). Debe señalarse que la mayoría de los académicos han desconocido el significado del surgimiento del discurso del desarrollo a finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta. López Maya, en cuyo trabajo se basa el recuento de las tres conferencias, constituye una excepción.

cada vez más como área aberrante, ignorante y habitada por gentes incapaces de ayudarse a sí mismas y esencialmente infantiles. Cuando George Kennan (jefe de Planeación de políticas del Departamento de Estado) fue enviado a observar lo que describió como el escenario “desesperado e infeliz” de la región, escribió el más acerbo informe de toda su carrera. Ni siquiera los comunistas parecen viables “porque el carácter latinoamericano lo inclina al individualismo [y] la indisciplina”... Siguiendo el lema de la naturaleza “infantil” del área, sostuvo con condescendencia que si Estados Unidos trataba a los latinoamericanos como adultos, tal vez tendrían que portarse como tales. (Kolko, 1988: 39-40).⁴

Al igual que la imagen de Currie de la “salvación”, la representación del Tercer Mundo como niño necesitado de dirección adulta no era una metáfora desconocida, y se prestaba perfectamente para el discurso del desarrollo. La infantilización del Tercer Mundo ha sido parte integral del desarrollo como “teoría secular de salvación” (Nandy, 1987).

Debe señalarse que las exigencias económicas planteadas por los países de América Latina reflejaban cambios que venían ocurriendo durante varias décadas y que también preparaban el terreno para el desarrollo, por ejemplo, el comienzo de la industrialización en algunos países y la necesidad percibida de ampliar los mercados domésticos; la urbanización y el ascenso de las clases profesionales; la secularización de las instituciones políticas y la modernización del Estado; el aumento en la atención a las ciencias positivas, y diversos tipos de movimientos modernistas. Algunos

4 Durante la primera mitad del siglo a veces se hacían observaciones etnocéntricas con bastante libertad. El embajador del gobierno Wilson en Inglaterra, por ejemplo, explicaba que Estados Unidos intervendrían en América Latina para “Hacerlos votar y vivir de acuerdo con sus decisiones”. Si esto no funcionaba, “Volveremos y lo haremos votar otra vez... Estados Unidos estará allá por doscientos años y puede continuar disparando contra sus hombres por ese pequeño espacio hasta que aprendan a votar y gobernarse a sí mismos” (citado en Drake, 1991: 14). Se creía que la “mente latina” “despreciaba la democracia” y estaba regida por la emoción y no por la razón.

de estos factores cobraban notoriedad desde los años veinte y se aceleraron después de los treinta.⁵ Pero no fue sino en la época de la Segunda Guerra Mundial cuando comenzó a consolidarse un movimiento más claro en pro de modelos económicos nacionales. Entre comienzos y mediados de los años cuarenta aparecieron en Colombia alusiones al “desarrollo industrial”, y ocasionalmente al “desarrollo económico del país”, relacionadas con la percepción de una amenaza proveniente de las clases populares. El intervencionismo del Estado se acentuó, pese a estar enmarcado en un modelo de liberalismo económico, al tiempo que el incremento de la producción se comenzaba a considerar como ruta necesaria para el progreso social. Tal conciencia coincidió con la *medicalización* de la mirada política, hasta el punto que las clases populares comenzaron a ser percibidas no en términos raciales como antes, sino como masas de enfermos, malnutridos, incultos y fisiológicamente débiles, requiriendo con ello acción social sin precedentes (Pécault, 1987: 273-352).⁶

5 Cardoso y Faletto (1979) discuten algunos de estos cambios para América Latina en su conjunto. Archila (1980) analiza el ascenso de los movimientos sociales en Colombia durante los años veinte.

6 La interpretación de este período de la historia colombiana es muy polémica. Los historiadores económicos (véase por ejemplo Ocampo, ed. 1987) generalmente creen que la gran depresión y la Segunda Guerra Mundial forzaron a las clases dirigentes hacia la industrialización como única alternativa para el desarrollo. Esta concepción, sostenida por muchos en América Latina, ha sido cuestionada recientemente. Sáenz Rovner (1989, 1992) rechaza la idea de que el crecimiento y el desarrollo fueran metas compartidas por la elite colombiana durante los años cuarenta, añadiendo que el mismo informe Currie no fue tomado en serio por el gobierno. El trabajo de Antonio García (1953) ofrece pistas importantes para evaluar el estatus de la planeación en Colombia con referencia a la misión Currie. Para García, las actividades de planeación de los años cuarenta fueron muy ineficaces no sólo a causa de las concepciones estrechas del proceso de planeación sino porque los diversos organismos planificadores no tenían el poder para implementar los objetivos y programas deseados. Aunque García halló que el informe Currie era inobjetable en lo económico, lo cuestionó en materia social, reclamando en su lugar el tipo de proceso de planeación que había presentado al Congreso Jorge Eliécer Gaitán en 1947. A finales de los años cuarenta, García había elaborado un modelo alternativo a los modelos capitalistas de desarrollo, que no ha recibido la

A pesar de la importancia de estos procesos históricos es posible hablar de la invención del desarrollo a comienzos de la segunda posguerra. En el clima de las transformaciones que ocurrieron en ese período, y en poco menos de una década, el carácter de las relaciones entre los países ricos y pobres sufrió un cambio drástico. La conceptualización de tales relaciones, la forma que tomaron y sus mecanismos de funcionamiento sufrieron un cambio sustancial. En pocos años surgió y se consolidó una estrategia totalmente nueva para enfrentar los problemas de los países más pobres. Todo aquello que revestía importancia en la vida cultural, social, económica y política de estos —su población, el carácter cultural de su pueblo, sus procesos de acumulación de capital, su agricultura, comercio, etcétera— entró en la nueva estrategia. En la siguiente sección veremos en detalle el conjunto de condiciones históricas que posibilitaron la creación del desarrollo, antes de emprender el análisis del discurso mismo, esto es, de los nexos de poder, conocimiento y dominación que lo definen.

Condiciones históricas 1945-1955

Si durante la Segunda Guerra Mundial la imagen de lo que sería el Tercer Mundo estaba determinada por consideraciones

atención que merece de parte de los historiadores económicos y sociales (García, 1948, 1950). Esta alternativa, basada en una interpretación sofisticada, estructural y dialéctica, del “atraso” —en un modo que asemejaba y presagiaba el trabajo de Paul Baran (1957) que apareciera algunos años después— se basaba en una distinción entre el crecimiento económico y el desarrollo global de la sociedad. Era una idea revolucionaria, dado el hecho de que en el momento estaba consolidándose un modelo liberal de desarrollo, como lo mostró en detalle Pécaut (1987). Es necesario investigar más este período desde la perspectiva de la aparición del desarrollo. Aunque el estilo del “ensayo económico” del siglo XIX mantuvo su vigencia hasta la cuarta década de este siglo, por ejemplo, en las obras de Luis López de Mesa (1944) y Eugenio Gómez (1942), varios autores en los años treinta ya reclamaban nuevos estilos de investigación y toma de decisiones, basados en mayor objetividad, cuantificación y programación. Véanse por ejemplo López (1976) y García Cadena (1956). Algunos de estos aspectos son analizados por Escobar (1989).

estratégicas y por el acceso a las materias primas, la integración de tales regiones a la estructura política y económica naciente a finales de la guerra se complicó más. Desde la conferencia de constitución de las Naciones Unidas en San Francisco en 1945 y hasta finales de la década, el destino del mundo no industrializado fue tema de intensas negociaciones. Aún más, las nociones de “subdesarrollo” y “Tercer Mundo” fueron productos discursivos del clima de la segunda posguerra. Estos conceptos no existían antes de 1945. Aparecieron como conceptos de trabajo dentro del proceso en el cual Occidente, y en formas distintas Oriente, se redefinió a sí mismo y al resto del mundo. A comienzos de los años cincuenta, la noción de tres mundos –naciones industrializadas libres, naciones comunistas industrializadas y naciones pobres no industrializadas que constituían el Primer, Segundo y Tercer Mundos respectivamente– estaba implantada con firmeza. Aún después de la desaparición del Segundo Mundo, las nociones de Primer y Tercer Mundo (y de Norte y Sur) siguen articulando un régimen de representación geopolítica.⁷

Para Estados Unidos, la principal preocupación era la reconstrucción de Europa. Ella implicaba la defensa de los sistemas coloniales, dado que el acceso continuo de las potencias europeas a las materias primas de sus colonias era considerado vital para su recuperación. Las luchas por la independencia nacional aumentaban en Asia y África; estas luchas llevaron al nacionalismo izquierdista del Plan Bandung de 1955 y a la estrategia de países no alineados. A finales de los cuarenta, en otras palabras, Estados Unidos apoyaba

7 Para los orígenes de las nociones de “desarrollo” y “Tercer Mundo” véanse Platsch (1981); Mintz (1976); Wallerstein (1984); Arndt (1981); Worsley (1984); Binder (1986). El término “desarrollo” existió por lo menos desde el Acta británica de desarrollo colonial de 1929, aunque como insiste Arndt, su uso en la etapa inicial fue muy diferente de lo que llegaría a significar en los años cuarenta. La expresión “países o áreas subdesarrolladas” nació a mediados de los cuarenta (véanse por ejemplo los documentos del Milbank Memorial Fund de la época). Finalmente, el término “Tercer Mundo” solo surgió a comienzos de los cincuenta. Según Platsch, fue acuñado por Alfred Sauvy, demógrafo francés, para referirse, haciendo una analogía con el “Tercer Estado” de Francia, a las áreas pobres y populosas del mundo.

los esfuerzos europeos para mantener el control sobre las colonias, aunque procurando aumentar su propia influencia sobre los recursos de las áreas coloniales, tal vez con mayor claridad en el caso del petróleo del Medio Oriente.⁸

En cuanto a América Latina, la fuerza más importante que se oponía a Estados Unidos era el creciente nacionalismo. Desde la gran depresión algunos países latinoamericanos comenzaron a tratar de construir sus economías con mayor autonomía que antes mediante el fomento estatal a la industrialización. La participación de sectores medios en la vida social y política hacía su aparición, el sindicalismo entraba a la vida política, y hasta la izquierda comunista había alcanzado logros importantes. En términos generales, la democracia emergía como componente fundamental de la vida nacional en el sentido de la necesidad de mayor participación de las clases populares, junto con el sentido creciente de la importancia de la justicia social y el fortalecimiento de las economías domésticas. De hecho, durante el período 1945-1947 muchas democracias parecían estar en proceso de consolidación y los regímenes dictatoriales hacían una transición a la democracia (Bethell, 1991). Como ya se dijo, Estados Unidos malinterpretó esta situación.

Además de las luchas anticoloniales de Asia y África, y del creciente nacionalismo latinoamericano, existieron otros factores que dieron forma al discurso del desarrollo; entre ellos se hallaban la guerra fría, la necesidad de nuevos mercados, el temor al comunismo y la superpoblación, y la fe en la ciencia y la tecnología.

8 Samir Amin se refiere al Plan Bandung como el “plan nacional burgués para el Tercer Mundo de nuestra era” (1990: 46). Aun cuando Bandung representara “un camino tercermundista para el desarrollo”, cuestiona Amin, encajaba bien dentro de la “sucesión ininterrumpida de intentos burgueses nacionales, abortos repetidos y sometimiento a las exigencias de subordinación” a los poderes internacionales (1990: 47).

La búsqueda de nuevos mercados y campos de batalla seguros

En el otoño de 1939, la Conferencia Interamericana de Cancilleres, celebrada en Panamá, proclamó la neutralidad de las repúblicas americanas. Sin embargo, en Washington se reconocía que, para que la unidad continental perdurara, se requerirían medidas económicas especiales de parte de Estados Unidos, para ayudar a las naciones latinoamericanas a enfrentar el período de inestabilidad que seguiría a la pérdida de los mercados por causa de la guerra. El primer paso para ello fue la creación de la Comisión Interamericana para el Desarrollo, establecida en enero de 1940 para orientar la producción latinoamericana hacia el mercado estadounidense. La ayuda financiera a Latinoamérica durante el período, aunque relativamente modesta, fue significativa. Sus dos fuentes principales, el Export-Import Bank y la Corporación Financiera de Reconstrucción, financiaron programas para la producción y adquisición de materiales estratégicos. Las actividades incluían a menudo asistencia técnica a gran escala y movilización de recursos de capital hacia América Latina. El carácter de estas relaciones también contribuyó a fijar la atención en la necesidad de ayudar a las economías latinoamericanas en forma más sistemática.⁹

El año de 1945 marcó una profunda transformación en los asuntos mundiales. Llevó a Estados Unidos a una posición indiscutible de preeminencia militar y económica, poniendo bajo su tutela todo el sistema occidental. Su posición privilegiada no dejó de ser cuestionada. Coexistía con la creciente influencia de los regímenes socialistas de Europa oriental y con la marcha exitosa de los comunistas chinos hacia el poder. Las antiguas colonias asiáticas y africanas reclamaban su independencia. Los viejos sistemas coloniales de explotación y control se hicieron insostenibles. En síntesis, se presentaba una reorganización de la estructura del poder mundial.

El período 1945-1955, por tanto, vio la consolidación de la hegemonía estadounidense en el sistema capitalista mundial. La

9 Un detallado recuento de la asistencia externa norteamericana durante la guerra se halla en Brown y Opie (1953). Véase también Galbraith (1979).

necesidad de expandir y profundizar el mercado exterior para productos norteamericanos, y de hallar nuevos sitios para invertir sus excedentes de capital ejerció mucha presión durante estos años. La expansión de la economía norteamericana también requería el acceso a materias primas baratas para respaldar la creciente capacidad de sus industrias, en especial de las corporaciones multinacionales nacientes. Un factor económico que se volvió más notorio durante el período fue el cambio de la producción industrial hacia la producción de alimentos y materias primas, en detrimento de estas últimas, lo cual apuntaba hacia la necesidad de un programa eficiente de fomento de la producción primaria en áreas subdesarrolladas. No obstante, la preocupación fundamental en este período fue la revitalización de la economía europea. Se estableció un programa masivo de ayuda económica a Europa, que culminó con la formulación del Plan Marshall en 1948.¹⁰

El Plan Marshall puede considerarse como “un acontecimiento histórico de importancia excepcional” (Bataille, 1991: 173). Como sostuviera Georges Bataille, siguiendo el análisis que hiciera el economista francés François Perroux en 1948, con el Plan Marshall, y por vez primera en la historia del capitalismo, el interés general de la sociedad parecía haber primado sobre el interés de las naciones o de los inversionistas privados. Fue, dice Bataille copiando la expresión de Perroux, “una inversión en el interés del mundo [¿occidental?]” (1991: 177). La movilización de capital que acompañó al Plan (19 mil millones de dólares en ayuda exterior a Europa occidental entre 1945 y 1950) estaba exenta de la ley de lucro en lo que constituyó, según Bataille, una clara suspensión de los principios de la economía clásica. Era “la única forma de transferir a Europa los productos sin los cuales le aumentaría la fiebre al mundo” (pág. 175). Por un breve lapso, al menos, Estados Unidos dejó de lado “la regla sobre la que se basaba el mundo capitalista. Era necesario entregar los bienes

¹⁰ Con referencia a los cambios económicos de este período, véanse Williams (1953) y Copland (1945). La economía política de dichos cambios se analizará con cierto detalle en el capítulo 3.

sin recibir pago. Era necesario *regalar* el producto del trabajo” (pág. 175).¹¹

El Tercer Mundo no merecía el mismo tratamiento. En contraste con los 19 mil millones de dólares recibidos por Europa, durante el mismo período, menos de 2 por ciento del total de la ayuda de Estados Unidos, por ejemplo, fue a América Latina (Bethell, 1991: 58); en 1953 se gastaron solamente 150 millones de dólares para el Tercer Mundo en su conjunto bajo el Programa Point IV (Kolko, 1988: 42). Al Tercer Mundo se le pidió que privilegiara el capital privado, doméstico y foráneo, lo que implicaba crear “el clima adecuado”, incluyendo un compromiso con el desarrollo capitalista y el control del nacionalismo, la izquierda, la clase trabajadora y el campesinado. La creación del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento –BIRF– (más conocido como el Banco Mundial) y del Fondo Monetario Internacional –FMI– no representaron una desviación de este criterio. Desde esta perspectiva, “lo inadecuado del BIRF y del Fondo Monetario representaba una versión negativa de la iniciativa positiva del Plan Marshall” (Bataille, 1991: 177). El desarrollo, de este modo, se quedó corto desde el comienzo. La suerte del Tercer Mundo se consideró de “interés general” para la humanidad, pero solo de manera muy limitada.¹²

11 En términos económicos la interpretación de Bataille del Plan Marshall es cuestionable. Como observa Payer (1991), Estados Unidos no tenía más opción que reactivar la economía europea, o su propia economía se derrumbaría tarde o temprano por falta de socios comerciales, especialmente dado el exceso de capacidad productiva generada durante la guerra. Pero el argumento de Bataille llega más allá. Para él, el hecho esencial en el Plan Marshall residía en que un mejor nivel de vida podría hacer posible el aumento de los “recursos de energía” del ser humano, y con ello, su propia conciencia. Esto permitiría el establecimiento de un tipo de existencia humana en la cual “la conciencia dejará de ser conciencia de *algo*; en otras palabras, de ser consciente del significado decisivo de un instante en el cual el incremento (la adquisición de *algo*) se solucionará con el gasto; y esto sería precisamente la *propia conciencia*, esto es, una conciencia que en adelante *tiene nada como su objeto*” (1991: 190). Esta creencia se halla en la base de su noción de “economía general” a la cual dedicó *The Accursed Share*. Para una discusión muy útil del trabajo de Bataille como discurso crítico de la modernidad, véase Habermas (1987).

12 El mismo Truman lo había puesto en claro en 1947: “Los problemas de

La guerra fría fue, sin duda, uno de los factores individuales más importantes durante la conformación de la estrategia del desarrollo. Las raíces históricas del desarrollo y del conflicto Oriente-Occidente se confunden en un solo proceso; las reorganizaciones políticas que ocurrieron después de la Segunda Guerra Mundial. A finales de los cuarenta, la lucha real entre Oriente y Occidente se había desplazado al Tercer Mundo; el desarrollo se convirtió en la gran estrategia para promover tal rivalidad, y al mismo tiempo, impulsar los proyectos de la civilización industrial. La confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética confirió con ello legitimidad a la empresa de la modernización y el desarrollo; y extender la esfera de influencia política y cultural se convirtió en un fin en sí mismo.

La relación entre los intereses militares y los orígenes del desarrollo ha sido poco analizada. Por ejemplo, en la conferencia de 1947 en Río se firmaron pactos de asistencia militar entre Estados Unidos y todos los países latinoamericanos (Varas, 1985). Con el tiempo, los pactos darían paso a doctrinas de “seguridad nacional” íntimamente ligadas a estrategias de desarrollo. No es coincidencia que la gran mayoría de las aproximadamente 150 guerras de las últimas cuatro décadas haya tenido lugar en el Tercer Mundo, muchas de ellas con participación directa o indirecta de poderes externos al propio Tercer Mundo (Soedjatmoko, 1985), el cual, lejos de ser periférico, era clave para la rivalidad entre las superpotencias y la posibilidad de confrontación nuclear. El sistema que genera conflicto e inestabilidad y el sistema que genera el subdesarrollo están estrechamente mezclados. Aunque el fin de la guerra fría y el surgimiento del “nuevo orden mundial” hayan cambiado la configuración del poder, el Tercer Mundo es aún la arena más importante de confrontación (como lo indican Somalia, la guerra del golfo, el bombardeo de Libia y las invasiones de Granada y Panamá). Aunque cada vez más diferenciado, el “Sur” es todavía, tal vez con mayor claridad que

los países de este hemisferio [americano] son de naturaleza diferente y no pueden ser aliviados con los mismos medios e iguales enfoques que se contemplan para Europa” (citado en López Maya, 1993: 13), luego de lo cual alabó las virtudes de la inversión privada para el caso latinoamericano.

nunca, el campo opuesto a un “Norte” cada vez más unificado, pese a sus conflictos étnicos.

Después de la guerra el sentimiento antifascista dio paso fácilmente a las cruzadas anticomunistas. El temor anticomunista se convirtió en uno de los argumentos obligatorios en las discusiones sobre el desarrollo. En los años cincuenta se aceptaba comúnmente que si los países pobres no eran rescatados de su pobreza, sucumbirían al comunismo. En mayor o menor grado, la mayoría de los escritos iniciales sobre el desarrollo hace eco de esta preocupación. El compromiso con el desarrollo económico como medio de combatir el comunismo no se restringió a los círculos militares o académicos, encontró un nicho todavía más acogedor en las oficinas gubernamentales de Estados Unidos, en numerosas organizaciones, y entre la ciudadanía norteamericana. El control del comunismo, la aceptación ambivalente de la independencia de las antiguas colonias europeas como concesión para prevenir su caída en el campo soviético, y el permanente acceso a importantes materias primas del Tercer Mundo, de las cuales dependía cada vez más la economía norteamericana, eran parte de la reconceptualización norteamericana sobre el Tercer Mundo en el período posterior a la guerra de Corea.

Masas pobres e ignorantes

La “guerra a la pobreza” estaba justificada por factores adicionales, en particular por la urgencia que se confería al “problema de la población”. Comenzaron a proliferar las declaraciones y tomas de posición sobre el tema. En muchos casos se adoptó una forma cruda de empirismo –asumiendo como inevitables las opiniones y recetas malthusianas– aunque economistas y demógrafos hicieron intentos serios de conceptualizar el efecto de los factores demográficos sobre el desarrollo.¹³ Se formularon modelos y teorías que

13 Véase, por ejemplo, Hatt (1951); Lewis (1955); Buchanan y Ellis (1951); Political and Economic Planning, PEP (1955); Sax (1955); Coale y Hoover (1958). En relación con el uso de modelos y estadísticas poblacionales, véase United Nations, Department of Economic Affairs (1953); Liebenstein (1954); Wolfender (1954); Milbank Memorial Fund (1954).

buscaban relacionar las diversas variables y suministrar una base para la formulación de políticas y programas. Como lo sugería la experiencia de Occidente, se esperaba que las tasas de crecimiento comenzaran a caer a medida que los países se desarrollaran; pero, como advirtieron muchos, los países pobres no podían esperar hasta que este proceso ocurriera y debían agilizar la reducción de la fertilidad por medios más directos.¹⁴

Esta preocupación con respecto a la población había existido por varias décadas, especialmente en relación con Asia.¹⁵ Constituía uno de los tópicos centrales de las discusiones sobre raza y racismo. Pero la intensidad y la forma que tomó la discusión eran nuevas. Como lo expresara un autor, “es probable que en los últimos cinco años se hayan publicado más tratados sobre la población que en los siglos anteriores” (Pendell, 1951: 377). Las discusiones sostenidas en los círculos académicos o en el ámbito de las nacientes organizaciones internacionales también tenían un nuevo tono. Se remitían a tópicos como la relación entre el crecimiento económico y el aumento de la población, entre población, recursos y producción; entre los factores culturales y el control

14 Las sutilezas malthusianas eran a veces exageradas, como en el siguiente ejemplo: “Como señaló Malthus hace mucho tiempo, la oferta de personas fácilmente sobrepasa a la oferta de alimentos... Donde los hombres se han vuelto más numerosos que el alimento, los hombres son baratos; donde el alimento todavía es abundante en relación con los hombres, los hombres son caros... ¿Qué es un hombre caro? Uno que ha sido costoso de criar; que ha adquirido hábitos costosos, entre los cuales están las destrezas que otras personas están dispuestas a comprar a alto precio... Por lo menos 75 millones de norteamericanos han estado, con algunos altibajos, llevando este tipo de vida... Los norteamericanos hemos tenido a la mano 22.796 toneladas de carbón para cada uno. Los italianos solo tienen seis por cabeza. ¿Por qué sorprenderse de que los italianos sean baratos y nosotros caros? ¿O de que todos los italianos quieran venir a vivir con nosotros? Tenemos aproximadamente sesenta veces el hierro y doscientas veces el carbón que tienen los japoneses. Claro que los japoneses son baratos...” (Pendell, 1951: VIII). Otros libros malthusianos famosos del período fueron los de Vogt (1984) y Osborn (1948).

15 Véase, por ejemplo, Dennery (1970 [1931]). El libro versa sobre el crecimiento de la población en India, China y Japón, y sus consecuencias para Occidente.

natal. También se emprendió el estudio de temas como la experiencia demográfica de los países ricos y su posible extrapolación a los países pobres; los factores que afectan la fertilidad y la mortalidad; las tendencias demográficas y sus proyecciones futuras; las condiciones necesarias para realizar programas exitosos de control de la población, y así sucesivamente. En otras palabras, muy semejante a lo que ocurría con la raza y el racismo durante el mismo período,¹⁶ y a pesar de la persistencia de creencias abiertamente racistas, los discursos sobre la población se reorganizaban en los campos “científicos” de la demografía, la salud pública, y la biología de poblaciones. Una nueva óptica de la población y de los instrumentos científicos y tecnológicos para su manejo cobraba forma.¹⁷

La promesa de la ciencia y la tecnología

La fe en la ciencia y la tecnología, fortalecida por las nuevas ciencias surgidas del esfuerzo bélico, como la física nuclear y la investigación de operaciones, desempeñó un papel importante en la elaboración y justificación del nuevo discurso del desarrollo. En 1948, un conocido funcionario de las Naciones Unidas expresó esta fe diciendo: “Todavía creo que el progreso humano depende del desarrollo y la aplicación en el mayor grado posible de la investigación científica... El desarrollo de un país depende ante todo de un factor material: primero, el conocimiento, y luego, la explotación de todos sus recursos naturales” (Laugier, 1948: 256).

16 Estoy en deuda con Ron Balderrama por haber compartido conmigo su análisis de la naturaleza cambiante del discurso sobre la raza durante los años 40 y 50. Dicho discurso comenzó a articularse en los términos científicos de la biología de la población, y otros por el estilo.

17 Es importante recalcar que esta preocupación no estaba dirigida a las causas estructurales de la pobreza, sino que más bien se prestaba a políticas imperialistas o elitistas de “control de la población”, en particular contra los pueblos indígenas y las clases populares (Mamdani, 1973). Aunque el acceso a la anticoncepción puede implicar un significativo mejoramiento en especial para las mujeres, no debería ser incompatible con la lucha contra la pobreza y en favor de mejores servicios de salud, como insisten las mujeres en muchas partes de América Latina. Véase por ejemplo Barroso y Bruschini (1991).

La ciencia y la tecnología se habían convertido en abanderadas por excelencia de la civilización en el siglo XIX, cuando las máquinas se constituyeron en el índice de civilización, en “la medida de los hombres” (Adas, 1989). Este rasgo moderno se reactivó con el advenimiento de la era del desarrollo. Para 1949, el Plan Marshall mostraba grandes éxitos en la restauración de la economía europea, y la atención se dirigía cada vez más hacia los problemas de largo plazo de la ayuda para el desarrollo económico en áreas subdesarrolladas. De este desplazamiento surgió el famoso Programa Point IV del presidente Truman, con que iniciamos este libro, que comprendía la aplicación a las áreas pobres del mundo de las que se consideraban dos fuerzas vitales: la tecnología moderna y el capital. Sin embargo, dependía mucho más de la ansiedad técnica que del capital, ya que se creía que la primera podría traer el progreso a un precio mucho menor. En mayo de 1950, el Congreso aprobó un “Acta para el desarrollo internacional”, para autorizar la financiación y llevar a cabo diversas actividades de cooperación técnica internacional. En octubre del mismo año, Technical Cooperation Administration (TCA) se creó en el Departamento de Estado, con la tarea de desarrollar las nuevas políticas. Para 1952 ambas agencias dirigían operaciones en casi todos los países latinoamericanos, así como en varios de Asia y África (Brown y Opie, 1953).

La tecnología, se pensaba, no solo aumentaría el progreso material: le otorgaría, además, dirección y significado. En la extensa bibliografía sobre la sociología de la modernización, la tecnología fue teorizada como una especie de fuerza moral que operaría creando una ética de la innovación, la producción y el resultado. La tecnología contribuía así a la extensión planetaria de los ideales modernistas. El concepto “transferencia de tecnología” se convertiría con el tiempo en componente importante de los proyectos de desarrollo. Nunca se tomó conciencia de que la transferencia no dependía simplemente de elementos técnicos sino también de factores sociales y culturales. La tecnología era considerada neutral e inevitablemente benéfica y no como instrumento para la creación de los órdenes sociales y culturales (Morandé, 1984; García de la Huerta, 1992).

La nueva conciencia sobre la importancia del Tercer Mundo para la economía y la política globales, junto con el comienzo de actividades de campo en el mismo, trajeron consigo el reconocimiento de la necesidad de obtener conocimientos más precisos sobre él. En ningún lugar se percibió esta necesidad con mayor agudeza que en América Latina. Como lo expresara un eminente latinoamericanista, "Los años de guerra presenciaron un aumento notable del interés por América Latina. La que otrora fuera un área que solamente diplomáticos y académicos pioneros se atrevían a explorar, se convirtió casi de la noche a la mañana en el centro de atracción de los representantes gubernamentales, así como de estudiosos y profesores" (Burgin, [1947] 1967: 466). Esto exigía "conocimiento detallado del potencial económico de América Latina, así como del medio ambiente geográfico, social y político en cuyo marco dicho potencial se haría realidad" (pág. 466). Solo en "historia, literatura y etnología" el estado del conocimiento se consideraba adecuado. Lo que se necesitaba ahora era un tipo de conocimiento preciso que podría obtenerse mediante la aplicación de las nuevas ciencias sociales "científicas" que experimentaban entonces un notable auge en las universidades de Estados Unidos (como la sociología parsoniana, la macroeconomía keynesiana, el análisis de sistemas y la investigación de operaciones, la demografía y la estadística). En 1949 un ilustre estudioso peruano describió la "misión de los estudios latinoamericanos" como "proporcionar, mediante estudio e investigación, una base que permita interpretar y evaluar objetivamente los problemas y eventos diarios desde la perspectiva de la historia, la geografía, la economía, la sociología, la antropología, la psicología social y la ciencia política" (Basadre, [1949] 1967: 434).

El de Basadre también era un llamado al cambio social, a pesar de haber quedado atrapado bajo la moda del desarrollo. El anterior modelo de producción de conocimiento, organizado alrededor de las profesiones clásicas a la usanza del siglo XIX, fue reemplazado por el modelo norteamericano. La sociología y la economía fueron las disciplinas más afectadas por el cambio, que involucró a la mayoría de las ciencias naturales y sociales. El desarrollo tenía que

basarse en una producción del conocimiento que suministrara un cuadro científico de los problemas sociales y económicos y de los recursos de un país. Ello implicaba establecer instituciones capaces de generar tal conocimiento. El “árbol de la investigación” del Norte fue trasplantado al Sur, y con ello América Latina entró a formar parte del sistema transnacional de conocimiento. Algunos sostienen que a pesar de que esta transformación creó nuevas capacidades cognoscitivas, también implicó una pérdida de autonomía y el bloqueo de modos alternativos de conocimiento (Fuenzalida, 1983; Morandé, 1984; Escobar, 1989).

Se pensaba que atrás había quedado la época en que la ciencia estaba contaminada por el prejuicio y el error. La nueva objetividad garantizaba la precisión y la certeza en la representación. Poco a poco los viejos modos de pensar darían paso al nuevo espíritu. Los economistas se sumaron rápidamente a esta ola de entusiasmo. De la noche a la mañana se descubrió que América Latina era “una tábula rasa para el historiador económico” (Burgin, [1947] 1967: 474), y el pensamiento económico latinoamericano comenzó a ser considerado como desprovisto de cualquier conexión con las condiciones locales, como un mero apéndice de la economía clásica europea. Los nuevos académicos comenzaron a comprender que “el punto de partida de la investigación debe ser el área misma, porque es solamente en términos de su desarrollo histórico y sus objetivos como la organización y el funcionamiento de la economía pueden ser bien comprendidos” (pág. 469). El terreno estaba abonado para el surgimiento del desarrollo económico como proyecto teórico legítimo.

La comprensión mayor y más difundida del funcionamiento del sistema económico fortaleció la esperanza de llevar la prosperidad material al resto del mundo. La conveniencia, no cuestionada, del crecimiento económico quedaba así ligada a la renovada fe en la ciencia y la tecnología. El crecimiento económico presupone la existencia de un *continuum* entre países pobres y ricos, que permitiría la reproducción en los países pobres de las condiciones que caracterizaban a los países capitalistas avanzados (incluyendo la

industrialización, la urbanización, la modernización agrícola, la infraestructura, el creciente suministro de servicios sociales y los altos niveles de alfabetismo). El desarrollo era concebido como el proceso de transición de una situación a otra. Esta noción confería a los procesos de acumulación y desarrollo un carácter progresivo, ordenado y estable, el cual culminaría a finales de los cincuenta e inicios de los sesenta con las teorías de modernización y de las etapas del desarrollo económico (Rostow, 1960).¹⁸

Finalmente, hubo otro factor que influyó en la formación de la nueva estrategia del desarrollo: la creciente experiencia de intervención pública en la economía. Aunque el carácter deseable de dicha intervención, en contraposición con un enfoque más de *laissez-faire* seguía siendo controvertido,¹⁹ cada vez se generalizaba más el reconocimiento de la necesidad de algún tipo de planeación o acción gubernamental. La experiencia de la planeación social durante el *New Deal*, legitimada por el keynesianismo, así como las “comunidades planificadas” concebidas e implementadas parcialmente en comunidades de indígenas norteamericanos y en campos de concentración para japoneses-americanos en Estados Unidos (James, 1984) representaban experimentos significativos de intervención social. Lo mismo sucedía con las corporaciones legales y las compañías públicas establecidas en países industrializados por iniciativa gubernamental, por ejemplo, la British Broadcasting Commission (BBC) y la Tennessee Valley Authority (TVA). Algunas corporaciones regionales de desarrollo se establecieron en América Latina y otros sitios del Tercer Mundo siguiendo el modelo de la TVA.²⁰ Los modelos de

18 Para un recuento de las teorías de modernización véanse Villamil, ed. (1979); Portes (1976); Gendzier (1985) y Banuri (1990).

19 Puede encontrarse un debate sobre el tema en el ataque frontal que hiciera von Hayek (1944) a todos los tipos de intervención en la economía, y en la respuesta de Finer (1949) a Hayek. Véase también Lewis (1949), particular en su razonamiento de “por qué planificar en los países atrasados”.

20 La influencia de la TVA no estuvo restringida en absoluto a Colombia. En muchos países se diseñaron esquemas para el desarrollo de cuencas fluviales con la participación directa de la TVA. Esta historia aún no ha sido contada.

planeación nacional, regional y sectorial se volvieron esenciales para el funcionamiento y la difusión del desarrollo.

En síntesis, estas fueron las condiciones más importantes que posibilitaron y le dieron forma al discurso del desarrollo. Se había dado una reorganización mundial del poder con resultados que seguían siendo poco claros. Se habían dado importantes cambios en la estructura de la producción, la cual tenía que ser ajustada a las necesidades del sistema capitalista en el cual los países subdesarrollados ocupaban un lugar cada vez más importante, aunque no completamente definido. Estos países podrían hacer alianzas con cualquier polo de poder. En vista de la expansión del comunismo, del deterioro constante de las condiciones de vida, y del alarmante aumento de su población, el rumbo que estos países tomaron dependía mucho de un tipo de acción de alcances y urgencia nunca vistos.

Por otra parte, se creía que los países ricos tenían la capacidad financiera y tecnológica para afianzar el progreso en todo el mundo. Una mirada a su historia les daba la firme convicción de que ello era no solo posible, para no decir deseable, sino tal vez inevitable. Tarde o temprano los países pobres se volverían ricos y el mundo subdesarrollado se desarrollaría. Un nuevo tipo de conocimiento económico y una experiencia enriquecida con el diseño y manejo de sistemas sociales hacían parecer esta meta más plausible todavía. Ahora era cuestión de plantear una estrategia adecuada y de poner en marcha las fuerzas indicadas para asegurar el progreso y la felicidad mundiales.

Detrás del interés humanitario y de la apariencia positiva de la nueva estrategia comenzaron a operar nuevas formas de control, más sutiles y refinadas. La capacidad de los pobres para definir y regir sus propias vidas se erosionó más profundamente que antes. Los pobres del mundo se convirtieron en el blanco de prácticas cada vez más sofisticadas y de una multiplicidad de programas aparentemente ineludibles. Desde las nuevas instituciones de poder en Estados Unidos y Europa, desde las oficinas del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento y de las Naciones Unidas, desde

las universidades, centros de investigación y fundaciones norteamericanas y europeas, y desde las oficinas de planeación recién establecidas en las grandes capitales del mundo subdesarrollado, este era el tipo de desarrollo que se promovía y que, al cabo de pocos años, penetraría todas las esferas de la sociedad. Veamos ahora cómo este conjunto de factores históricos dio como resultado el nuevo discurso del desarrollo.

El discurso del desarrollo

El espacio del desarrollo

¿Qué significa afirmar que el desarrollo comenzó a funcionar como discurso, es decir, que creó un espacio en el cual solo ciertas cosas podían decirse e incluso imaginarse? Si el discurso es el proceso a través del cual la realidad social llega a ser, si es la articulación del conocimiento y el poder, de lo visible y lo expresable, ¿cómo puede particularizarse y relacionarse el discurso del desarrollo con los acontecimientos técnicos, políticos y económicos del momento? ¿Cómo se convirtió el desarrollo en espacio para la creación sistemática de conceptos, teorías y prácticas?

Una aproximación inicial a la naturaleza del desarrollo como discurso son sus premisas fundamentales, tal como fueron formuladas en los años cuarenta y cincuenta. La premisa básica era la creencia del papel de la modernización como única fuerza capaz de destruir supersticiones y relaciones arcaicas, sin importar el costo social, cultural y político. La industrialización y la urbanización eran consideradas rutas progresivas e inevitables hacia la modernización. Solo mediante el desarrollo material podría producirse el progreso social, cultural y político. Esta opinión determinó la creencia de que la inversión de capital era el elemento más importante del crecimiento económico y el desarrollo. El avance de los países pobres se concibió entonces, desde el comienzo, en función de grandes suministros de capital para proporcionar la infraestructura, la industrialización y la modernización global de la sociedad. ¿De dónde vendría el capital? Una posibilidad era, por supuesto,

el ahorro doméstico. Pero se consideraba que estos países estaban atrapados en un “círculo vicioso” de pobreza y falta de capital, de tal modo que buena parte del “anheladísimo” capital tendría que llegar del extranjero (véase capítulo 3). Además, era absolutamente necesario que los gobiernos y las organizaciones internacionales desempeñaran un rol activo en la promoción y organización de los esfuerzos necesarios para superar el atraso general y el subdesarrollo económico.

De acuerdo con la anterior descripción, ¿cuáles fueron, entonces, los elementos más importantes en la formulación de la teoría del desarrollo? De una parte estaba el proceso de formación de capital, y sus diversos factores: tecnología, población y recursos, política fiscal y monetaria, industrialización y desarrollo agrícola, intercambio y comercio. Existía también una serie de factores ligados a consideraciones culturales, como la educación y la necesidad de fomentar los valores culturales modernos. Finalmente, estaba la necesidad de crear instituciones adecuadas para llevar adelante la compleja labor: organizaciones internacionales (como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, creados en 1944, y la mayoría de las agencias técnicas de las Naciones Unidas, también producto de mediados de los años cuarenta); oficinas de planificación nacional (que se multiplicaron en América Latina especialmente después de la iniciación de la Alianza para el Progreso a comienzos de los años sesenta); y agencias técnicas de otros tipos.

El desarrollo no solo fue el resultado de combinar, estudiar o elaborar gradualmente estos elementos (algunos de los cuales ya existían); ni producto de la introducción de nuevas ideas (algunas de ellas ya estaban apareciendo o a punto de hacerlo); ni efecto de las nuevas organizaciones internacionales o de las instituciones financieras (que tenían algunos precursores, como la Liga de Naciones). Fue más bien resultado del establecimiento de un conjunto de relaciones entre dichos elementos, instituciones y prácticas, así como de la sistematización de sus relaciones. El discurso del desarrollo no estuvo constituido por la organización de los posibles objetos que estaban bajo su dominio, sino

por la manera en que, gracias a este conjunto de relaciones, fue capaz de crear sistemáticamente los objetos de los que hablaba, agruparlos y disponerlos de ciertas maneras y conferirles unidad propia.²¹

Para entender el desarrollo como discurso es necesario mirar no a los elementos mismos sino al sistema de sus relaciones recíprocas. Es este sistema de relaciones el que permite la creación sistemática de objetos, conceptos y estrategias; él determina lo que puede pensarse y decirse. Dichas relaciones –establecidas entre instituciones, procesos socio-económicos, formas de conocimiento, factores tecnológicos, etcétera– definen las condiciones bajo las cuales pueden incorporarse al discurso objetos, conceptos, teorías y estrategias. Es decir, el sistema de relaciones establece una práctica discursiva que determina las reglas del juego: quién puede hablar, desde qué puntos de vista, con qué autoridad y según qué calificaciones; define las reglas a seguir para el surgimiento, denominación, análisis y eventual transformación de cualquier problema, teoría u objeto en un plan o política.

Los objetos con los cuales comenzó a relacionarse al desarrollo después de 1945 fueron numerosos y variados. Algunos se destacaban claramente (pobreza, tecnología y capital insuficientes, rápido crecimiento demográfico, servicios públicos inadecuados, prácticas agrícolas arcaicas, etcétera), mientras que otros se introdujeron con mayor cautela o aun en forma subrepticia (como las actitudes y valores culturales, y la existencia de factores raciales, religiosos, geográficos o étnicos supuestamente asociados con el atraso). Dichos elementos emergían desde múltiples puntos: desde las recién formadas instituciones internacionales y las oficinas gubernamentales de lejanas capitales, desde instituciones nuevas y antiguas, universidades y centros de investigación de países desarrollados, y, en forma creciente con el transcurso del tiempo, desde las instituciones del mismo Tercer Mundo. Todo estaba sujeto a la mirada de los nuevos expertos: las viviendas pobres de las masas rurales, los

21 La metodología usada en esta sección para el estudio del discurso sigue la de Foucault. Véanse especialmente Foucault (1972) y (1991b).

vastos campos agrícolas, las ciudades, los hogares, las fábricas, los hospitales, las escuelas, las oficinas públicas, los pueblos y regiones, y en última instancia, el mundo en su conjunto. La vasta superficie en la cual se movía a sus anchas el discurso cubría prácticamente toda la geografía cultural, económica y política del Tercer Mundo.

Pero no todos los actores distribuidos a lo ancho de esta superficie tenían acceso a la definición de los objetos y al análisis de sus problemas. Estaban en juego algunos principios claros de autoridad, que tenían que ver con el rol de los expertos, con los criterios de conocimiento y competencia necesarios; con instituciones como Naciones Unidas, que detentaban la autoridad moral, profesional y legal para nominar objetos y definir estrategias, y con los organismos financieros internacionales que ostentaban los símbolos del capital y del poder. Esos principios de autoridad también concernían a los gobiernos de los países pobres con la autoridad política legal sobre la vida de sus súbditos; y, finalmente, la posición de liderazgo de los países ricos que poseían el poder, el conocimiento y la experiencia para decidir lo que debía hacerse.

Los expertos en economía, demografía, educación, salud pública y nutrición elaboraban sus teorías, emitían sus juicios y observaciones y diseñaban sus programas desde estos espacios institucionales. Los “problemas” eran identificados progresivamente, creando numerosas categorías de “cliente”. El desarrollo avanzó creando “anormalidades” (como “iletrados”, “subdesarrollados”, “malnutridos”, “pequeños agricultores”, o “campesinos sin tierra”), para tratarlas y reformarlas luego. Estos enfoques habrían podido tener efectos positivos como alivio de las restricciones materiales, pero ligados a la racionalidad desarrollista se convirtieron, dentro de esta racionalidad, en instrumento de poder y control. Con el paso del tiempo, se incorporaron progresiva y selectivamente nuevos problemas; una vez que un problema era incorporado al discurso, tenía que ser categorizado y especificado. Algunos se especificaban en determinado nivel (como el local o regional), o en varios de ellos (por ejemplo, una deficiencia nutricional en los hogares podía especificarse todavía más como una escasez de la producción

regional, o como relativa a determinado grupo poblacional), o en relación con una institución. Pero estas especificaciones tan refinadas no pretendían tanto arrojar luz sobre posibles soluciones, como atribuir los “problemas” a una realidad visible sujeta a tratamientos particulares.

Una especificación tal de los problemas, aparentemente interminables, requería observaciones detalladas en los pueblos, regiones y países del Tercer Mundo. Se elaboraron expedientes completos de los países y se diseñaron y refinaron sin cesar técnicas de información. Este rasgo del discurso permitió una radiografía de la vida social y económica de los países, constituyéndose en verdadera anatomía política del Tercer Mundo.²² El resultado final fue la creación de un espacio de pensamiento y de acción cuya ampliación estaba determinada de antemano por aquellas mismas reglas introducidas durante sus etapas formativas. El discurso de desarrollo definía un campo perceptual estructurado mediante marcos de observación, modos de interrogación y registro de problemas, y formas de intervención; en síntesis, creó un espacio definido no tanto por el conjunto de objetos con el que estaba relacionado, sino más bien por un conjunto de relaciones y una práctica discursiva que producía sistemáticamente objetos, conceptos, teorías y estrategias relacionados entre sí.

Es verdad que con el paso de los años se incluyeron nuevos objetos, se introdujeron nuevos modos de operación y se modificaron (por ejemplo, en relación con las estrategias para combatir el hambre cambiaron tanto los conocimientos sobre requerimientos nutricionales, como los tipos prioritarios de cultivo y las opciones tecnológicas). Pero el mismo tipo de relaciones entre los elementos se mantiene mediante las prácticas discursivas de las instituciones.

²² Los acuerdos prestatarios (acuerdos de garantía) entre el Banco Mundial y los países receptores firmados a finales de los años cuarenta y cincuenta incluían invariablemente el compromiso de darle “al Banco” toda la información que pidiera. También estipulaban el derecho de los representantes del Banco a visitar cualquier territorio del país en cuestión. Las “misiones” enviadas periódicamente por este a los países constituyen el mecanismo principal para extraer información detallada sobre ellos, como se mostrará en el capítulo 4.

Es más, opciones en apariencia opuestas pueden coexistir fácilmente dentro del mismo campo discursivo (en la economía del desarrollo, por ejemplo, las escuelas monetarista y estructuralista parecían estar en abierta contradicción a pesar de que pertenecían a la misma formación discursiva y se originaban en el mismo conjunto de relaciones, como se mostrará en el próximo capítulo. También puede demostrarse que la reforma agraria, la revolución verde y el desarrollo rural integrado son estrategias a través de las cuales se construye la misma unidad, “el hambre”, como veremos en el capítulo 4). En otras palabras, aunque el discurso ha sufrido una serie de cambios estructurales, la arquitectura de la formación discursiva establecida en el período 1945-1955 ha permanecido igual, permitiendo que el discurso se adapte a nuevas condiciones. El resultado ha sido la sucesión de estrategias y subestrategias de desarrollo hasta la actualidad, siempre dentro de los límites del mismo espacio discursivo.

También es evidente que otros discursos históricos influyeron en las representaciones particulares del desarrollo. El discurso del comunismo, por ejemplo, influyó sobre la promoción de opciones que acentuaban el rol del individuo en la sociedad y, en particular, de los enfoques basados en la iniciativa y la propiedad privadas. Tanto énfasis en este asunto y una actitud tan moralizadora tal vez no habrían existido en el marco del desarrollo sin la constante prédica anticomunista originada durante la guerra fría. De igual modo, el hecho de que el desarrollo económico dependiera tanto de la necesidad de divisas favoreció la promoción de cultivos de exportación, en detrimento de los cultivos de consumo doméstico. Sin embargo, como se verá en los capítulos posteriores las formas en que el discurso organizó estos elementos no puede reducirse a relaciones causales.

En forma similar, el etnocentrismo y el patriarcado influyeron en la forma que tomó el desarrollo. Las poblaciones indígenas tenían que ser “modernizadas”, y aquí la modernización significaba la adopción de los valores “correctos”, es decir, los sustentados por la minoría blanca o la mayoría mestiza, y, en general, de los

valores implícitos en el ideal del europeo culto. De otra parte, los programas de industrialización y desarrollo agrícola no solamente habían vuelto invisible a la mujer en su rol como productora, sino que además tendían a perpetuar su subordinación (véase el capítulo 5). Las formas de poder en cuanto a clase, género, raza y nacionalidad se ubicaron así en la teoría y en la práctica del desarrollo. Aquellas no determinan a estas en una relación causal directa, sino que más bien constituyen los elementos formativos del discurso.

El examen de cualquier elemento debe hacerse en el contexto global del discurso, por ejemplo, el énfasis en la acumulación de capital surgió como parte de un conjunto de relaciones complejas en las cuales intervenían muchos factores: la tecnología, las nuevas instituciones financieras, los sistemas de clasificación (PIB per cápita), los sistemas de toma de decisiones (como los nuevos mecanismos de cuentas nacionales y la asignación pública de recursos), los modos de conocimiento, y una serie de factores internacionales. Lo que convirtió a los economistas del desarrollo en figuras privilegiadas fue su posición dentro de este complejo sistema. Las opciones privilegiadas o excluidas también deben considerarse a la luz de la dinámica global del discurso: por qué, por ejemplo, el discurso privilegió los cultivos de exportación (para asegurar divisas, según los imperativos de la tecnología y del capital) y no cultivos para el consumo; la planeación centralizada (para satisfacer exigencias económicas y de conocimientos), pero no enfoques participativos y descentralizados; el desarrollo agrícola basado en extensas granjas mecanizadas y en el uso de insumos químicos, y no en sistemas agrícolas alternativos de pequeñas fincas, basados en consideraciones ecológicas y en el manejo integrado de plagas y cultivos; crecimiento económico acelerado y no articulación de mercados internos para satisfacer las necesidades de la mayoría de la población; soluciones intensivas en capital y no en trabajo. Con la profundización de la crisis, algunas de las opciones antes excluidas se están tomando en cuenta, aunque casi siempre desde una perspectiva desarrollista, como sucede con la

estrategia del desarrollo sostenible, a discutirse en los próximos capítulos.

Finalmente, lo que en realidad se incluye como aspecto legítimo del desarrollo puede depender de relaciones específicas establecidas en medio del discurso. Por ejemplo, relaciones entre lo que dicen los expertos y lo que la política internacional determina como factible (que puede definir, por ejemplo, lo que un organismo internacional recete a partir de las recomendaciones de un grupo de expertos); entre segmentos del poder (industria versus agricultura, por ejemplo); o entre dos o más formas de autoridad (por ejemplo, el equilibrio entre nutricionistas y especialistas en salud pública, de un lado, y la profesión médica, de otro que puede determinar la adopción de uno u otro enfoque para la atención en salud rural). Otros tipos de relaciones a considerar incluyen aquellos entre los lugares de origen de los objetos (por ejemplo, entre áreas urbanas y rurales), entre procedimientos de diagnóstico de necesidades (como el uso de “datos empíricos” por parte de las misiones del Banco Mundial) y la posición de autoridad de quienes realizan el diagnóstico (que puede determinar las propuestas y su posibilidad de implementación).

Son relaciones de este tipo las que rigen la práctica del desarrollo, que no es estática pero sigue reproduciendo las relaciones entre los elementos que involucra. Fue la sistematización de estas relaciones la que confirió al desarrollo su gran calidad dinámica. Fue la inmanente adaptabilidad a condiciones cambiantes la que le permitió sobrevivir hasta el presente. En 1955 ya se evidenciaba un discurso que se caracterizaba no por tener un objeto unificado sino por formar un vasto número de objetos y estrategias; no por nuevos conocimientos sino por la sistemática inclusión de nuevos objetos bajo su dominio. Sin embargo, la exclusión más importante era, y continúa siendo, lo que se suponía era el objeto primordial del desarrollo: la gente. El desarrollo era, y sigue siendo en gran parte, un enfoque de arriba abajo, etnocéntrico y tecnocrático que trataba a la gente y a las culturas como conceptos abstractos, como cifras estadísticas que se podían mover de un lado a otro en las gráficas

del “progreso”. El desarrollo nunca fue concebido como proceso cultural (la cultura era una variable residual, que desaparecería con el avance de la modernización) sino más bien como un sistema de intervenciones técnicas aplicables más o menos universalmente con el objeto de llevar algunos bienes “indispensables” a una población “objetivo”. No resulta sorprendente que el desarrollo se convirtiera en una fuerza tan destructiva para las culturas del Tercer Mundo, irónicamente en nombre de los intereses de sus gentes.

La profesionalización e institucionalización del desarrollo

El desarrollo fue una respuesta a la problematización de la pobreza que tuvo lugar en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, y no un proceso natural de descubrimiento y tratamiento gradual de los problemas por parte de las ciencias e instituciones modernas. Como tal, debe tomarse como una construcción histórica que crea un espacio en el cual los países pobres son conocidos, definidos e intervenidos. Hablar del desarrollo como construcción histórica requiere un análisis de los mecanismos que lo convierten en fuerza real y activa, mecanismos que están estructurados por formas de conocimiento y de poder, y que pueden ser estudiados en términos de sus procesos de institucionalización y profesionalización.

La profesionalización del desarrollo

El concepto de profesionalización se refiere básicamente al proceso mediante el cual el Tercer Mundo es incorporado a la política del conocimiento especializado y de la ciencia occidental en general. Esto se logra mediante un conjunto de técnicas, estrategias y prácticas disciplinarias que organiza la generación, validación y difusión del conocimiento sobre el desarrollo, incluyendo a las disciplinas académicas, a los métodos de enseñanza e investigación, a los criterios de autoridad y a otras diversas prácticas profesionales. En otras palabras, los mecanismos a través de los cuales se crea y mantiene una política de la verdad y que permiten que ciertas formas de conocimiento reciban el estatus de verdad. Esta profesionalización se efectuó mediante la proliferación de ciencias

y subdisciplinas del desarrollo, facilitando la incorporación progresiva de problemas al espacio del desarrollo, dando visibilidad a los problemas de un modo congruente con el sistema de conocimiento y poder establecido.

La profesionalización del desarrollo también permitió desplazar todos los problemas de los ámbitos políticos y culturales al campo aparentemente más neutral de la ciencia. Ello desembocó en la creación de planes de estudio del desarrollo en muchas de las principales universidades del mundo desarrollado, y condicionó la creación o reestructuración de las universidades del Tercer Mundo para adecuarse a las necesidades del desarrollo. Las ciencias sociales empíricas, en ascenso desde finales de los años cuarenta, en especial en Estados Unidos e Inglaterra, fueron decisivas a este respecto. Igual importancia tuvieron los programas de estudio de área (*Area Studies*), que luego de la guerra se pusieron en boga en los círculos académicos y de toma de decisiones. Como ya se mencionó, el carácter cada vez más profesional del desarrollo tuvo como consecuencia una reorganización radical de las instituciones de educación de América Latina y de otras regiones del Tercer Mundo. El desarrollo profesionalizado requería la producción de conocimiento que permitiera a los expertos y planificadores “verificar científicamente los requerimientos sociales”, para rememorar las palabras de Currie (Fuenzalida, 1983, 1987).²³

Una voluntad nunca vista de conocerlo todo sobre el Tercer Mundo floreció abiertamente y creció como un virus. Como con el desembarco de los aliados en Normandía, el Tercer Mundo presenció la llegada masiva de expertos encargados de investigar, medir o teorizar este o aquel aspecto de sus sociedades.²⁴ Las políticas y

²³ Aunque la mayoría de los profesionales latinoamericanos se dedicó ávidamente a la tarea de extraer el nuevo conocimiento de las economías y culturas de sus países, con el tiempo la transnacionalización del conocimiento desembocaría en una dialéctica que clamaba por una ciencia social más autónoma (Fals Borda, 1970). Esta dialéctica contribuyó a esfuerzos sociales e intelectuales como la teoría de la dependencia y la teología de la liberación.

²⁴ Debo esta utilísima analogía –entre la “llegada de expertos” al Tercer Mundo a comienzos de la segunda posguerra y el desembarco aliado en

programas surgidos de un campo tan vasto de conocimiento tenían inevitablemente fuertes componentes normativos. Lo que estaba en juego era toda una política del conocimiento que permitiera a los expertos clasificar problemas y formular políticas, emitir juicios acerca de grupos sociales enteros y hasta predecir su futuro, en síntesis, producir un régimen de verdades y normas al respecto. Nunca se pondría el suficiente énfasis en las consecuencias que esto tuvo para los grupos y países en cuestión.

Otra consecuencia importante de la profesionalización del desarrollo fue la conversión inevitable de las gentes del Tercer Mundo en datos de investigación según los paradigmas del capitalismo occidental. Existe otra paradoja en la situación: como lo expresara una académica africana: "Nuestra historia, nuestras culturas y prácticas, buenas o malas, son descubiertas y traducidas en las revistas especializadas del Norte y vuelven a nosotros reconceptualizadas en lenguajes y paradigmas que hacen parecer todo distinto y novedoso" (Namuddu, 1989: 28; citado en Mueller, 1991: 5). La magnitud y las consecuencias de esta operación, en apariencia neutral pero de hondo contenido ideológico, se explorarán en detalle en los capítulos posteriores.

La institucionalización del desarrollo

La invención del desarrollo implicaba necesariamente la creación de un campo institucional desde el cual los discursos eran producidos, registrados, estabilizados, modificados y puestos en circulación. Dicho campo está íntimamente ligado con los procesos de profesionalización; juntos constituyen un aparato que organiza la producción de formas de conocimiento y la organización de formas de poder, interrelacionándolos. La institucionalización del desarrollo ocurrió en todos los niveles, desde los organismos internacionales y las agencias de planeación nacional del Tercer Mundo hasta las agencias locales de desarrollo, los comités de desarrollo comunitario, las agencias voluntarias privadas y los

Normandía para liberar a Europa en 1944- al sociólogo chileno Edmundo Fuenzalida.

organismos no gubernamentales. Desde mediados de la década del cuarenta y con la creación de los organismos internacionales, el proceso no ha dejado de expandirse, para consolidar una eficaz red de poder. Es a través de la acción de esta red como se vinculan la gente y las comunidades a ciclos específicos de producción económica y cultural, y es a través de ella como se promueven ciertos comportamientos y racionalidades. Este campo de intervención del poder descansa sobre una multitud de centros de poder local, respaldados a su vez por formas de conocimiento que circulan localmente.

Este conocimiento sobre el Tercer Mundo se divulga y utiliza por las instituciones a través de programas, conferencias, asesorías internacionales, prácticas locales de extensión y otras por el estilo. Un corolario de este proceso es el establecimiento de una industria de desarrollo en permanente expansión. Como lo dijera Kenneth Galbraith refiriéndose al clima que reinaba en las universidades norteamericanas a comienzos de los años cincuenta: "Ningún tema económico había captado tan rápido la atención de tantos como el rescate de las gentes de los países pobres de sus condiciones de pobreza" (1979: 29). La pobreza, el analfabetismo y hasta el hambre se convirtieron en fuente de una lucrativa industria para los planificadores, los expertos y los empleados públicos (Rahnema, 1986). Ello no significa negar que en ocasiones el trabajo de estas instituciones ha beneficiado a las gentes. Significa, en cambio, subrayar que el trabajo de las instituciones de desarrollo no ha sido un esfuerzo inocente hecho en nombre de los pobres. Significa que el desarrollo ha tenido éxito en la medida en que ha sido capaz de integrar, administrar y controlar países y poblaciones en formas cada vez más detalladas y exhaustivas. Si ha fracasado en su intento por resolver los problemas básicos del subdesarrollo, puede decirse, tal vez con mayor propiedad, que ha tenido éxito al crear un tipo de subdesarrollo que ha sido en gran parte política y técnicamente manejable. La discordancia entre el desarrollo institucionalizado y la situación de los grupos populares del Tercer Mundo aumenta con el paso de cada década de

desarrollo, como lo demuestran cada vez con mayor elocuencia los mismos grupos populares.

La invención de “la aldea”: “el desarrollo” en el nivel local

James Ferguson (1990) ha mostrado que en la bibliografía del desarrollo, la construcción de las sociedades del Tercer Mundo como “países menos desarrollados” –igual que la construcción de Colombia como “subdesarrollada” por parte de la misión del Banco Mundial en 1949– constituye un rasgo esencial del dispositivo del desarrollo. En el caso de Lesotho, por ejemplo, la construcción descansaba sobre tres rasgos principales: describir al país como economía aborigen, desligada de los mercados mundiales; calificar a su población como “campesina” y a su producción agrícola como tradicional; y asumir que el país está constituido por una “economía nacional” y que es labor del gobierno nacional desarrollarla. Metáforas del tipo “país menos desarrollado” se repiten en un sinnúmero de situaciones y con muchas variaciones. El análisis realizado por Mitchell (1991) de la descripción de Egipto, según la metáfora del “valle superpoblado del Nilo”, es otro ejemplo. Como señala el autor, los informes sobre el desarrollo de Egipto comienzan invariablemente con una descripción de que 98 por ciento de la población se halla hacinada a orillas del Nilo. El resultado de esta descripción es una representación de “el problema” en términos de límites naturales, topografía, espacio físico y reproducción social, que requiere a su vez soluciones como mejor administración, nuevas tecnologías y control de la población.

La deconstrucción que hace Mitchell de esta metáfora simple pero poderosa comienza reconociendo que “los objetos de análisis no ocurren como fenómenos naturales sino que son contruidos parcialmente por el discurso que los describe. Mientras más natural parezca el objeto, menos obvia resultará su construcción discursiva... La naturalidad de la imagen topográfica identifica al objeto de desarrollo precisamente como eso, “un objeto distante, que no es parte del estudio sino externo a él” (1991: 19). Lo que está en juego es una operación ideológica más sutil:

El discurso del desarrollo pretende presentarse a sí mismo como centro imparcial de racionalidad e inteligencia. La relación entre Occidente y no Occidente se construye en tales términos. El Occidente posee la experiencia, la tecnología y la capacidad de administración de las que carece el no-Occidente. Las cuestiones de poder y desigualdad... no se discuten en absoluto. Para guardar silencio respecto de dichas cuestiones, en las cuales está comprometida su propia existencia, el discurso del desarrollo necesita un objeto que parezca estar fuera de sí mismo. ¿Qué objeto más natural podría existir, para el efecto, que la imagen de un estrecho valle fluvial, atestado de millones de habitantes que se multiplican velozmente? (1991: 33).

Las metáforas del discurso se repiten en todos los niveles, a pesar de que hasta la fecha se cuenta con pocos estudios sobre los efectos y modos de operación del desarrollo en el ámbito local. Sin embargo, ya existen algunos indicios localmente. En las aldeas de Malasia, por ejemplo, los aldeanos educados y los miembros del partido se han vuelto adeptos al lenguaje del desarrollo promovido por gobiernos regionales y nacionales (Ong, 1987). También se ha destacado una rica gama de resistencias ante las prácticas y los símbolos de las tecnologías del desarrollo, como la revolución verde (Taussig, 1980; Fals Borda, 1984; Scott, 1985). Sin embargo, apenas comienzan los estudios etnográficos locales enfocados sobre los discursos y prácticas del desarrollo; en cómo se introducen en ambientes comunitarios, cómo operan, se utilizan o transforman, y sus efectos sobre la formación de una estructura y una identidad comunitarias.

El excelente estudio de Stacey Leigh Pigg sobre la introducción de imágenes del desarrollo en las comunidades de Nepal es tal vez el primero en su género. Pigg (1992) centra su análisis en la construcción de una nueva metáfora, "la aldea", como efecto de la introducción del discurso del desarrollo. Su interés es mostrar cómo las ideologías de la modernización y el desarrollo cobran eficacia en la cultura local, pese a que, como advierte la autora, el proceso

no pueda ser reducido a una simple asimilación o apropiación de modelos occidentales. Por el contrario, lo que ocurre es una complicada nepalización de los conceptos del desarrollo, muy propia de la historia y la cultura del país. El concepto nepalés del desarrollo (*bikas*) se convierte en una fuerza importante de la organización social a través de canales diversos, como su participación en escalas sociales de progreso estructuradas según el lugar de residencia (rural versus urbano), los modos de vida (de grupos nómadas a oficinistas), las religiones (de la budista a la hindú ortodoxa) y razas (de la asiática central a la aria). En estas escalas, *bikas* se refiere a un polo más que a otro, a medida que los aldeanos incorporan la ideología de la modernización a su identidad social local, para convertirse en *bikasi*.

Bikas transforma así lo que representa ser aldeano. Esta transformación es resultado de la forma en que se construye “la aldea” en el discurso de *bikas*. Como en el caso de la metáfora del “país menos desarrollado”, el discurso inventa la idea de una aldea genérica:

Se deduce que la aldea genérica debe estar habitada por aldeanos genéricos... Quienes planifican el desarrollo “saben” que los aldeanos tienen ciertos hábitos, creencias y motivaciones... La “ignorancia” de los aldeanos no se debe a falta de conocimiento. Muy por el contrario, se debe a la presencia de demasiadas creencias inculcadas localmente... El problema, dirán los planificadores del desarrollo a sus colegas y al visitante, es que los aldeanos “no entienden las cosas”. Hablar de “gente que no entiende” es una manera de identificar a la gente como “aldeanos”. En la medida en que el desarrollo busca transformar el pensamiento de la gente, el aldeano debe ser alguien que no entienda (Pigg, 1992: 17, 20).

Con muchísima frecuencia los extensionistas o promotores nepalés entienden la discordancia entre las actitudes y hábitos que deben promover y los que realmente existen en las “aldeas”. Y son conscientes de la diversidad de situaciones locales existentes en contraposición

con la idea homogeneizada de “aldea”. Sin embargo, habida cuenta de que lo que conocen sobre las aldeas reales no puede traducirse directamente al lenguaje del desarrollo, terminan aceptando el esquema de “aldeanos” que “no entienden las cosas”. Sin embargo, Pigg afirma que las categorías sociales del desarrollo no son simplemente impuestas sino que circulan en la aldea en formas complejas, cambiando la forma en que los aldeanos se orientan en la sociedad local y nacional. Los lugares se clasifican según la cantidad de *bikas* que hayan logrado (tuberías de acueducto, electricidad, nuevas especies de cabras, puestos de salud, carreteras, videos, paraderos de buses); y aunque la gente sabe que *bikas* viene de afuera, lo aceptan como forma de convertirse en *bikasi*. La gente se mueve así entre dos sistemas de construir la identidad local: uno marcado por distinciones locales de edad, casta-etnia, género, propiedad y similares, y otro constituido por la sociedad nacional, con sus centros, periferias y grados de desarrollo.

A medida que el dispositivo *bikas* adquiere más importancia para la generación de empleo y otros medios de riqueza y poder social, más personas desean participar del pastel del desarrollo. De hecho, lo que la gente desea no es tanto beneficiarse de los programas de desarrollo –la gente sabe que no es mucho lo que logra con ellos– sino convertirse en asalariada en la implementación del *bikas*. En síntesis, Pigg muestra cómo la cultura del desarrollo trabaja al interior de las culturas locales y a través de ellas. El encuentro con el desarrollo, añade la autora, no debería tomarse como el choque de dos sistemas culturales sino como una intersección que crea situaciones en las cuales las personas comienzan a verse de ciertas maneras. En el proceso las diferencias sociales comienzan a representarse en nuevas formas, incluso a pesar de que las formas prevalecientes (de casta, clase y género, por ejemplo) no desaparecen, sino que adquieren nuevo significado. Surgen entonces nuevas formas de ubicación social.

El interrogante general planteado por este estudio de caso es el de la circulación y los efectos de los lenguajes del desarrollo y la modernidad en distintos lugares del Tercer Mundo. La respuesta a esta pregunta es específica para cada localidad: de acuerdo con la

historia de su integración a la economía mundial, la herencia colonial, los patrones de inserción en el desarrollo y otros factores similares. Tres breves ejemplos adicionales ayudarán a explicar la idea. Lo que es *bikas* en las aldeas de Nepal constituye *kamap* (“surgimiento”) en Gapun, una pequeña aldea de Papúa Nueva Guinea donde la búsqueda del desarrollo se ha convertido en un modo de vida. En Gapun, el acervo de imágenes del desarrollo proviene de la historia de la aldea, marcada por la influencia constante de misioneros católicos, administradores coloniales australianos y soldados japoneses y norteamericanos. También deriva su forma de los llamados cultos de cargo, en particular de la creencia de los aldeanos de que sus ancestros volverán de entre los muertos trayendo todo el cargo que tenían los blancos. Con la llegada de los cultivos comerciales, los símbolos del desarrollo se han multiplicado a medida que se diversifica la actividad económica de los pobladores. Hoy en día, los alimentos de lujo como arroz blanco procesado y Nescafé encabezan la lista de símbolos del desarrollo. Como en Nepal, la falta de desarrollo se identifica con cosas como la persistencia de rasgos tradicionales y el llevar cargas pesadas. Ahora los niños asisten a la escuela para aprender acerca de los blancos y sus costumbres.

Y, sin embargo, esto no solo significa que Gapun esté “modernizándose”. De hecho, gran parte del dinero que se obtiene se gasta en costumbres tradicionales como fiestas, aunque junto al cerdo y la batata tradicionales aparecen artículos como el arroz y el Nescafé. Y aunque el *kamap* representa una transformación hacia el modo de vida de quienes viven lejos de sus costas, “surgir” no se considera tanto como un proceso sino más bien como una metamorfosis súbita, como una transformación milagrosa: de sus viviendas tradicionales en viviendas de hierro corrugado, de sus terrenos cenagosos en una maraña de carreteras pavimentadas, de su comida típica en arroz y *timpis* [pescado enlatado] y Nescafé, y más significativo, de su piel en piel blanca (Kulick, 1992: 23). Esta metamorfosis reviste carácter más religioso que científico o económico. El desarrollo en Gapun es, en efecto, un tipo sofisticado de culto de cargo. El alfabetismo, la escolaridad y la política se evalúan en términos de cargo, al tiempo

que el lenguaje vernacular ha sido desplazado por la entronización de la escolaridad desde los años sesenta. En síntesis, los habitantes de Gapun tienen claro lo que significa el desarrollo y a dónde los lleva, aunque este se exprese en lenguajes y prácticas culturales sorpresivamente diferentes.

Otro estudio sobre la naturaleza del desarrollo local se refiere a las nociones femeninas del desarrollo y la modernidad en la población de Lamu, en Kenia. En esta comunidad, los modelos e imágenes de desarrollo son aún más diversificados dado que, además de las fuentes occidentales, incluyen movimientos islámicos (revitalistas o revisionistas), las producciones culturales traídas por los ciudadanos repatriados de los países árabes ricos, y la música, las películas y telenovelas hindúes transmitidas por video casetes y medios masivos de comunicación. El núcleo del asunto es la comprensión cambiante que tienen las mujeres de lo que significa ser “desarrollada” y “moderna” pero conservando su identidad musulmana. La identidad femenina constituye el centro del proceso, incluyendo cuestiones como si usar velo o no, la escolaridad de las niñas, el acceso a los bienes modernos, la mayor movilidad y otros similares. Ya que las jóvenes desean lograr *maisha mazuri* (“la buena vida”), contemplan los productos europeos y de otros países como fuentes de cambio y procuran distanciarse de prácticas tradicionales como el uso del velo, al que de todos modos no consideran símbolo de menor estatus o de control sino como poco práctico y caduco (Fuglesang, 1992).

La moda, las películas populares de la India y el acceso a electrodomésticos modernos constituyen algunos de los indicadores principales de la modernidad y caminos hacia la construcción de nuevas identidades y conceptos de la feminidad. De nuevo, no se trata de un simple proceso de modernización, aunque este último está ocurriendo también. Las protagonistas de los filmes hindúes comparten las paredes de los cuartos de las jóvenes con imágenes de Michael Jackson y Jomeini. El clamor del *muecín* significa a menudo detener, por cinco o diez minutos, la imagen del último video, traído desde Arabia Saudí o Dubai por trabajadores repatriados, para

rezar. La vida y las relaciones de género están cambiando definitivamente –las mujeres no quieren seguir siendo “fantasmas” y, sin embargo, lo que entiende por feminidad “moderna” no significa lo mismo que en el lenguaje occidental de liberación femenina.

El mismo conocimiento técnico se convierte a menudo en indicador importante del desarrollo, como lo sugiere la reciente introducción de esquemas de desarrollo rural en la costa pacífica de Colombia. Los campesinos afrocolombianos del bosque húmedo tropical, recientemente introducido por los extensionistas del gobierno al mundo de la contabilidad, las metodologías de planeación agrícola, las cooperativas de comercialización, y el uso de insumos modernos, invariablemente hablan de la adquisición del *conocimiento técnico* como una transformación importante de su calidad de vida. El conocimiento técnico se imparte a los agricultores casi siempre en sus propias localidades, aunque se traslada con regularidad a grupos de ellos a las ciudades del interior para ser *capacitados* en nuevas prácticas de planeación y cultivo. Los agricultores seleccionados tienden a convertirse en ardorosos voceros del desarrollo.

Estos agricultores, además, comienzan a interpretar sus vidas antes de la llegada del programa en términos de ignorancia y apatía. Antes del programa, dicen, no sabían por qué sus cultivos se dañaban. Ahora saben que los cocoteros mueren por culpa de una peste especial que puede combatirse con medios químicos. También saben que es mejor dedicar el trabajo familiar a una parcela y planear las actividades con cuidado, día a día y mes a mes, que trabajar simultáneamente en dos o tres parcelas, a menudo separadas por varias horas de camino, como hacían antes. Realmente eso no era trabajar, dicen ahora. Han aprendido, pues, el vocabulario de la “eficiencia”. Y, sin embargo, igual que en los ejemplos ya tratados, los agricultores conservan muchas de las creencias y prácticas de los viejos tiempos. Junto con el lenguaje de la eficiencia, por ejemplo, se les oye decir que la tierra necesita que la “acaricien” y “le hablen”, y todavía dedican algo de su tiempo a las lejanas parcelas “sin tecnificar”. En síntesis, han desarrollado un modelo híbrido, no

regido completamente por la lógica de los métodos modernos de cultivo ni por las prácticas tradicionales. Retomaremos esta noción de modelos híbridos en el capítulo final.²⁵

El impacto de las representaciones del desarrollo es entonces profundo en el local, en el cual los conceptos del desarrollo y la modernidad suscitan resistencia, o se adaptan a las formas locales, o bien se transforman y presentan una productividad cultural que exige una mejor comprensión. Si deseamos comprender satisfactoriamente los modos de operación del discurso se requiere más investigación acerca de los lenguajes locales del desarrollo. Tal proyecto requeriría etnografías exhaustivas de situaciones de desarrollo como las descritas. Para los antropólogos, concluye Pigg, la tarea consiste en trazar los contornos y efectos culturales del desarrollo sin copiar ni legitimar sus términos. Volveremos sobre este principio en nuestra discusión a propósito de las culturas del Tercer Mundo como productos híbridos de prácticas culturales tradicionales y modernas y de las muchas mezclas entre ellas.

Conclusión

Los hechos y transformaciones cruciales que tuvieron lugar a comienzos del período de la posguerra tratados en este capítulo no derivaron de una ruptura política o epistemológica radical sino de la reorganización de cierto número de factores que permitieron al Tercer Mundo adquirir una nueva visibilidad e irrumpir en un nuevo campo del lenguaje. Este nuevo espacio fue excavado de la vasta y densa superficie del Tercer Mundo, colocándolo en un nuevo campo de poder. El “subdesarrollo” se convirtió en sujeto de tecnologías políticas que buscaban su erradicación de la faz de la tierra pero que terminaron multiplicándolo hasta el infinito.

El desarrollo alimentó una manera de concebir la vida social como problema técnico, como objeto de manejo racional que debía

²⁵ Esta breve descripción del efecto del desarrollo en la costa pacífica colombiana se basa en trabajos de campo realizados por el autor en 1993.

confiarse a un grupo de personas, los profesionales del desarrollo, cuyo conocimiento especializado debía capacitarlos para la tarea. Estos profesionales, en lugar de ver el cambio como un proceso basado en la interpretación de la tradición histórica y cultural de cada sociedad –como algunos intelectuales del Tercer Mundo quisieron hacerlo en los años veinte y treinta (Gandhi el más conocido entre ellos)– buscaron diseñar mecanismos y procedimientos que permitieran el ajuste de las sociedades a un modelo preexistente, encarnado en la estructura y las funciones de la modernidad. Como aprendices de brujo, los profesionales del desarrollo despertaron una vez más el sueño de la razón, que en sus manos, como ya había sucedido antes, produjo una realidad por de más preocupante.

En ocasiones el desarrollo resultó tan importante para los países del Tercer Mundo que sus ejecutores consideraron aceptable someter a sus gentes a una variedad infinita de intervenciones, a las formas más totalitarias del poder y de control. Tan importante, que las elites del Primer y el Tercer Mundo aceptaron el precio del empobrecimiento masivo, de la venta de los recursos del Tercer Mundo al mejor postor, de la degradación de sus ecologías físicas y humanas, del asesinato y la tortura y de la condena de sus poblaciones indígenas a la casi extinción. Tan importante, que muchos en el Tercer Mundo comenzaron a pensar en sí mismos como inferiores, subdesarrollados e ignorantes y a dudar del valor de sus propias culturas, decidiendo más bien establecer alianzas con los adalides de la razón y del progreso. Tan importantes, finalmente, que la obsesión con el desarrollo ocultó la imposibilidad de cumplir la promesa que el mismo desarrollo parecía hacer.

Después de cuatro décadas de este discurso, la mayoría de las formas de entender y representar el Tercer Mundo siguen siendo dictadas por las mismas premisas básicas. Las formas de poder que han surgido no funcionan tanto por medio de la represión, sino de la normalización; no por ignorancia sino por control del conocimiento; no por interés humanitario, sino por la burocratización de la acción social. A medida que las condiciones que originaron el desarrollo

ejercían más presión, este solo fue capaz de aumentar su control, refinar sus métodos y extender su alcance. Ya debería ser obvio que la materialidad de estas condiciones no ha sido iluminada por un cuerpo “objetivo” de conocimiento, sino más bien estructurada mediante los discursos racionales de los economistas, los políticos y los expertos en desarrollo de todo tipo. Lo que se ha logrado es una configuración específica de factores y fuerzas en la cual el nuevo lenguaje del desarrollo encuentra apoyo. Como discurso, el desarrollo es, por lo tanto, una formación histórica muy real, pero articulada alrededor de una construcción artificial (“subdesarrollo”) y sobre una cierta materialidad (las condiciones denominadas como “subdesarrollo”), que deben ser conceptualizadas en forma distinta si se quiere cuestionar el discurso.

Claro que existe una situación de explotación económica que debe reconocerse y tratarse. El poder es demasiado cínico al nivel de la explotación y debe oponérsele resistencia en sus propios términos. También existe cierta materialidad muy preocupante, las condiciones de vida de la mayoría, que requiere mucho esfuerzo y atención. Pero quienes buscan entender el Tercer Mundo a través del desarrollo han perdido de vista su materialidad, edificando sobre ella una realidad que, como un castillo en el aire, nos ha rondado durante décadas. Entender la historia del revestimiento del Tercer Mundo por formas occidentales de conocimiento y poder equivale a remover un poco los cimientos del discurso para que podamos comenzar a ver su materialidad con otros ojos y bajo categorías distintas.

La coherencia de los efectos logrados por el discurso del desarrollo es la clave de su éxito como forma hegemónica de representación: la construcción de los “pobres” y “subdesarrollados” como sujetos universales, preconstituidos, basándose en el privilegio de los representantes; el ejercicio del poder sobre el Tercer Mundo posibilitado a través de esta homogeneización discursiva (que implica la eliminación de la complejidad y diversidad de los pueblos del Tercer Mundo, de tal modo que un colono mexicano, un campesino nepalí y un nómada tuareg terminan siendo equivalentes como

“pobres” y “subdesarrollados”); y la colonización y dominación de las economías y las ecologías humanas y naturales del Tercer Mundo.²⁶

El desarrollo supone una teleología en la medida en que propone que los “nativos” serán reformados tarde o temprano. Sin embargo, al mismo tiempo, reproduce sin cesar la separación entre los reformadores y los reformados, manteniendo viva la premisa del Tercer Mundo como diferente e inferior, y de sus pobladores como poseedores de una humanidad limitada en relación con el europeo culto. Esta construcción cultural de la gente del Tercer Mundo como diferente pero inferior tiene profundos efectos políticos. El desarrollo requiere un perpetuo reconocimiento y supuesta eliminación de esta diferencia, rasgo identificado por Bhabha (1990) como inherente a toda discriminación. Los significantes de “pobreza”, “analfabetismo”, “hambre” y demás han alcanzado una solidez como significados de “subdesarrollo” que parecen imposibles de quebrantar. Tal vez ningún otro factor ha contribuido tanto a consolidar la asociación entre “pobreza” y “subdesarrollo” como el discurso de los economistas. A ellos dedicamos el próximo capítulo.

26 La coherencia de los efectos del discurso del desarrollo no debería equipararse con ningún tipo de intencionalidad. Como los discursos analizados por Foucault, el desarrollo debe tomarse como “una estrategia sin estrategias” en el sentido de que nadie lo dirige explícitamente. Es el resultado de una problematización histórica y una respuesta sistematizada ante esta.